

NOMINADA A LOS PREMIOS HUGO, LOCUS Y NOMMO



NNEEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH

SINOPSIS

Tras su primer año en el planeta Oomza Uni, Binti decide, junto a la medusa Okwu, viajar de vuelta a la Tierra, a su antiguo hogar con los himba.

Para Binti, volver significa enfrentarse a su familia, a sus amigos y a su propia comunidad. Aunque se haya convertido en una heroína interplanetaria, los himba no pueden perdonarle la traición de abandonar a su pueblo y renunciar a sus tradiciones. Okwu, por su parte, es la primera medusa en la Tierra desde hace más de un siglo, tras una paz entre su especie y los khoush tan reciente como frágil.

En esta segunda entrega de la trilogía escrita por Nnedi Okorafor, Binti ahondará más en su nueva naturaleza y sus orígenes, y deberá crecer para buscar su lugar en la galaxia.

Ir al [ÍNDICE](#)

BINTI: HOGAR

Título original: *Binti: Home*

© Nnedi Okorafor, 2017

© Traducción: Carla Bataller Estruch


© Arte y diseño de la cubierta: Joey Hi-Fi

© Editorial: Crononauta, 2018

www.crononauta.es

Primera edición, 8 de noviembre de 2018

ISBN: **978-84-947958-5-5**



Nnedi Okorafor

**BINTI:
HOGAR**

Binti 2

BINTI

HOGAR

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH

 **Crononauta**

—Cinco, cinco, cinco, cinco, cinco —susurré.

Ya estaba ramificando, con los números dando vueltas a mi alrededor como granos en una tormenta de arena, y sentí un profundo chasquido cuando algo en mi interior cedió. Produjo un dolor agradable, igual que al crujir los nudillos o estirar un músculo. Me hundí más y hallé calidez. Podía oler la sangre en mis venas y el aroma terroso del *otjize* que me había aplicado en la piel.

La habitación desapareció. La mirada sorprendida en el rostro de Okpala, mi profesora de matemáticas, desapareció. Aferraba mi *edan*, y las puntas de su forma estrellada se me clavaban en las manos.

—Oh, cielos —murmuré.

Algo le estaba pasando. Abrí las palmas ahuecadas. Como *no sabía* que no debía soltarlo, lo habría dejado caer si no me hubiese hallado en meditación matemática profunda.

Lo primero que pensé fue en la bola de hormigas que vi una vez, con seis años, rodando por una duna; así se desplazaban cuesta abajo las hormigas del desierto. Había corrido para observarla de cerca y chillé con alegría y asco ante la fluctuante masa viva de sus cuerpos. Mi *edan* se retorció y revolvía ahora como una bola de hormigas del desierto; las láminas triangulares que lo componían giraban, rotaban y cambiaban entre mis palmas. La corriente azul que había invocado oscilaba rodeando y adentrándose entre las placas como un gusano. Se trataba de una nueva técnica que me había enseñado la profesora Okpala y que había perfeccionado durante los últimos dos meses. Incluso la llamaba la corriente del «agujero de gusano» por su forma y porque requería emplear la métrica de estos agujeros para activarla.

«Respira», me dije. Una parte reprimida de mí quería lamentarse porque la corriente que atravesaba el *edan* lo estaba desmontando; debía parar, nunca sería capaz de juntar todas las piezas de nuevo. Sin embargo, abrí la boca y volví a susurrar el número tranquilizador.

—Cinco, cinco, cinco, cinco.

«Tú solo respira, Binti», pensé. Sentí una ráfaga de viento en la cara, como si algo hubiera pasado por delante. Me pesaban los párpados. Dejé que se cerraran...

— oOo —

Me hallaba en el espacio. Oscuridad infinita. Ingravidez. Volaba, caía, ascendía, atravesaba el quebradizo polvo metálico de un anillo planetario. Unas piedras minúsculas me acribillaban la piel. Abrí un poco la boca para respirar y el polvo me azotó los labios. ¿Podía respirar? Un aliento lleno de vida brotó en mi pecho desde mi interior y sentí que los pulmones se expandían,

llenándome. Me relajé.

—¿Quién eres? —preguntó en el dialecto de mi familia una voz que procedía de todas partes.

—*Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kaipka de Namib, ese es mi nombre* —respondí.

Silencio.

Esperé.

—*Hay más* —dijo la voz.

—*Eso es todo* —repuse, irritada—. *Ese es mi nombre.*

—*No.*

El fogonazo de rabia que me atravesó me pilló por sorpresa. Pero enseguida lo acogí con agrado. Conocía mi nombre. Estaba a punto de gritarlo cuando...

— oOo —

...Me hallé de vuelta en el aula. Sentada delante de la profesora Okpala. «Me he enfadado muchísimo», pensé. «¿Por qué estaba tan enfadada?». Esa furia era un sentimiento horrible. En casa, las sacerdotisas de las Siete Deidades podrían haber dictaminado que tal nivel de rabia era impuro. Uno de mis *okuoko* con aspecto de tentáculo se contrajo. Fuera, el segundo sol se estaba poniendo. Su brillo se mezclaba con el del otro sol e inundaba el aula de un color que me encantaba, una combinación intensa de rosa y naranja que los nativos de Oomza Uni llamaban «*ntu ntu*». Los *ntu ntu* eran unos insectos del planeta que ponían huevos de ese intenso rosa anaranjado que resplandecían con un brillo tenue en la oscuridad.

La luz iluminó mi *edan*, cuyas partes simétricas flotaban ante mí en una red de corriente. Nunca lo había visto tan desmontado y no había sido mi intención hacerlo. Lo que pretendía era que el objeto se comunicara por sí mismo al filtrar una corriente entre sus trazados. Según Okpala, eso solía funcionar y yo quería saber lo que mi *edan* tenía que decir. Sufrí un pinchazo de ansiedad. «¿Podré volver a juntarlo todo?», pensé con desesperación.

Llena de alivio, observé que todas las partes del *edan* que se habían separado regresaban lenta y sistemáticamente a su lugar. Completo de nuevo, el *edan* se posó en el suelo ante mí. «Gracias a las Siete», pensé.

Tanto el azul de la corriente que seguía envolviendo al *edan* como el intenso *ntu ntu* brillaban en la cabeza gacha de Okpala. Tenía una libreta y un lápiz de verdad en la mano, elementos muy terrícolas. Escribía con frenesí con uno de esos rudos lápices que confeccionaba ella misma a partir de la rama de un árbol parecido al tamarindo que crecía cerca del edificio de Matemáticas.

—Te has caído de la rama —dijo sin levantar la mirada. Así llamaba a ese momento cuando alguien estaba ramificando y de repente dejaba de hacerlo—. ¿A qué ha venido eso? Por fin habías conseguido que el *edan* estuviera dispuesto a abrirse.

—¿Eso es lo que hacía? ¿Entonces es algo bueno? —La profesora se rio entre dientes sin dejar de escribir. Yo fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. No lo sé... Ha ocurrido algo. —Me mordí el labio—. Ha ocurrido algo.

Centré mi atención en ella cuando alzó la mirada. Hubo un momento en el que me pregunté si era su estudiante o su objeto de estudio.

Dejé que la corriente se disipara, cerré los ojos y descansé la mente con la ecuación tranquilizadora de $f(x) = f(-x)$. Toqué el *edan*. Sólido de nuevo, menos mal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la profesora Okpala.

A pesar de curarme con la ecuación calmante, la cabeza empezaba a dolerme. Y entonces una ira cegadora me inundó como agua hirviendo.

—Uf, no lo sé —respondí, masajeándome la frente y con el ceño más arrugado—. No creo que lo que ha pasado tuviera que pasar. Ha ocurrido algo, profesora Okpala. Algo raro.

La profesora soltó una carcajada. Apreté los dientes, enfadada. Otra vez. Tanta furia... No era propia de mí. Y últimamente se estaba *convirtiendo* en parte de mí, porque ocurría muy a menudo. Pero ¿mientras ramificaba? ¿Cómo era posible? No me gustaba ni un pelo. Aun así, llevaba un año terrícola trabajando con la profesora Okpala y si algo había aprendido era que trabajar con cualquier tipo de *edan*, sin importar en qué planeta se hubiera encontrado, significaba trabajar con lo impredecible. «Toda acción conlleva un sacrificio», solía decir Okpala.

Cada *edan* hacía algo distinto por distintas razones. El mío, además, era ponzoñoso para las medusas; aquello me salvó la vida cuando me atacaron en la nave. Por eso Okwu nunca venía a ver mis sesiones con Okpala. Sin embargo, si yo lo tocaba, no me producía ese efecto. Incluso me había arriesgado a tocar el *edan* con uno de mis *okuoko*. Solo así me di cuenta de que, por muy medusa que fuera esa parte de mí, yo seguía siendo humana.

—Ha sido una deconstrucción aislada —dijo la profesora Okpala—. Había oído hablar de ella. Nunca la había presenciado. Bien hecho.

Lo dijo con toda la tranquilidad del mundo. «Si nunca la ha presenciado antes, ¿por qué actúa como si hubiese hecho algo mal?», me pregunté. Ensanché las aletas de la nariz para calmarme. No, eso no era propio de mí. El tentáculo volvió a contraerse y un pensamiento extraño y bastante sólido se instaló en mi mente: «Okwu está a punto de luchar». Me atravesó un escalofrío electrificante de rabia y pegué un salto. ¿Quién intentaba hacerle daño? Me esforcé por parecer tranquila.

—Profesora, tengo que irme. ¿Puedo? —dije.

Dejó de escribir y me dirigió un ceño fruncido. La profesora Okpala era tamazight y, por lo que mi padre decía tras años vendiendo a los tamazight, eran gente de pocas palabras, aunque contundentes. Podría haber sido una generalización, pero resultó ser cierto en mi profesora. Conocía bien a Okpala; tras ese ceño se daba toda una galaxia repleta de acción. Sin embargo, debía marcharme, y debía marcharme ya. Okpala alzó una mano y la agitó.

—Vete.

Me levanté y casi choqué contra una maceta que había detrás de mí al darme la vuelta con torpeza hacia donde tenía la mochila.

—Cuidado —me dijo—. Estás débil.

Recogí la mochila y salí antes de que cambiara de opinión. La profesora no era directora del departamento de matemáticas por nada. Seguro que cuando me conoció ya lo tendría todo calculado. No fue hasta muchísimo más tarde cuando me percaté del peso de esa sucinta advertencia.

Tomé la lanzadera solar.

Como el segundo sol se estaba poniendo, la lanzadera de la universidad se había cargado por completo e iba a máxima potencia. Tenía forma de serpiente, pero era tan espaciosa que cabían cincuenta individuos del tamaño de Okwu sin problema. La capa externa estaba hecha de la piel mudada de alguna criatura gigantesca que residía en alguno de los muchos bosques en Oomza. Me contaron que el cuerpo de la lanzadera era tan resistente que una colisión no le dejaría ni un arañazo. Se apoyaba y viajaba sobre un lecho de «fugóleo», un aceite verde y resbaladizo secretado sobre la vía por unas plantas insectívoras enormes que crecían junto a la estación.

Esas plantas negras descomunales siempre me habían parecido horripilantes; daba la sensación de que, si te acercabas demasiado, te comerían. Y se envolvían con un hedor cobrizo tan similar al de la sangre que, la primera vez que fui a la estación, sufrí lo que más tarde aprendí que era un ataque de pánico. Me había detenido en la plataforma, con la mirada perdida y ese olor en la nariz. Llegaron entonces los destellos de unos recuerdos tan vívidos... Pude oler la sangre recién derramada. Recuerdos de cuando estuve en el comedor de una nave en medio del espacio exterior y todo el mundo acababa de ser brutalmente asesinado por las medusas.

Aquel día no había subido a la lanzadera. Me pasé semanas sin tomarla y opté por el transporte rápido, una especie de autobús flotante que, de hecho, era mucho más lento y se usaba para viajes cortos. Cuando me harté de su lentitud y decidí probar de nuevo la lanzadera solar, me pellizqué la nariz y respiré por la boca hasta que subí a bordo. El olor desapareció cuando se puso en marcha.

Le ofrecí mi astrolabio a la nativa que manejaba el escáner. Estrechó sus grandes ojos azules y me miró por encima de su naricita, como si no me viera tomar esa lanzadera con tanta frecuencia como para saberse mi horario. Tocó uno de los *okuoko* con un dedo; sus manos eran más grandes que mi cabeza. A continuación se frotó el *otjize* entre los dedos y me indicó con gestos que entrara en el vagón de la lanzadera.

Me senté en el mismo sitio de siempre, en la sección para gente de mi tamaño, junto a una de las grandes ventanas redondas, y me até el cinturón. La lanzadera viajaba a una velocidad de entre ochocientos y mil seiscientos kilómetros por hora. Llegaría a la Ciudad de las Armas en quince minutos y esperaba que no fuera demasiado tarde, porque Okwu planeaba matar a su profesora.

— oOo —

El ascensor, del tamaño de una casa, se abrió con un ruido sordo; salí corriendo, con las sandalias aporreando el suelo de liso mármol blanco. La sala era inmensa y de techos altos, con paredes curvas y esculpidas en ese grueso mármol del mismo color que los dientes. Tosí, me ardían los pulmones. Wan, un ser parecido a las medusas, se hallaba a unos metros de distancia, sumergido en una enorme columna lavanda del gas que respiraba. No le colgaban tentáculos como a Okwu, pero aun así parecía una versión gigante de las medusas que vivían en el lago junto a mi casa, en la Tierra. Wan también hablaba el idioma de las medusas. Me había reunido muchas veces allí con Okwu, así que me conocía.

—Wan, dime dónde está Okwu —le pedí en su lengua.

—Allí —dijo, expulsando gas en el pasillo—. En la presentación para la profesora Dema

contra Jalal.

—Gracias, Wan —jadeé, y supe lo que pasaba.

Pero Wan ya se dirigía hacia el ascensor. Me levanté la falda por encima de los tobillos y corrí a toda velocidad por el pasillo.

A izquierda y derecha, estudiantes de distintas partes de la galaxia trabajaban en sus proyectos finales sobre armas de protección, el trabajo de ese trimestre. El de Okwu era una armadura y el de su compañera Jalal, una corriente eléctrica.

Okwu y Jalal iban a clase juntas, estaban en la misma residencia y trabajaban estrechamente en sus proyectos. Y hoy iban a ser examinadas la una contra la otra, como era costumbre en la Educación Armamentística de Oomza. Me fascinaba esa presión competitiva en el aprendizaje de armas, aunque me complacía que las matemáticas versaran más sobre la armonía. Como Okwu era Okwu (una medusa cuyo honor, enfoque y tradición eran fríos y rígidos), le encantaba el programa. El problema residía en que Okwu detestaba a su profesora y la profesora Dema detestaba a Okwu. Okwu era una medusa y la profesora Dema, una mujer humana y khoush. Sus respectivos pueblos se habían odiado y matado durante siglos. El odio tribal perduraba, incluso en Oomza Uni. Y hoy ese odio, tras llevar un año cociéndose a fuego lento, alcanzaba su punto de ebullición.

Llegué al lugar de la prueba justo cuando Okwu, envuelta en una piel metálica, sacaba su afilado agujón blanco y apuntaba a la profesora Dema. A unos metros de distancia, la profesora sujetaba con las dos manos un arma enorme parecida a una pistola y lucía una mueca de disgusto en los labios. Así no era como debían ser los exámenes finales.

—Okwu, ¿qué haces? —le preguntó Jalal en el idioma de las medusas. Estaba a un lado y entre sus pinzas a lo mantis aferraba algo parecido a unos palos con puntas de fuego—. ¡La vas a matar!

—Terminemos con esto —gruñó Okwu en su idioma.

—Las medusas no saben lo que es el respeto —dijo la profesora en khoush—. Nunca entenderé por qué te aceptaron en esta universidad. Es imposible educarte.

—Llevo todo el cuatrimestre aguantando tus comentarios insultantes. Voy a acabar contigo de una vez. Tu gente no infestará esta universidad —dijo Okwu.

Mis pulmones se esforzaban por respirar entre todo el gas que Okwu soltaba copiosamente al prepararse para atacar a su profesora. Si no paraba, llenaría la habitación. Vi que a la profesora Dema le lloraban los ojos y se esforzaba por no toser. Conocía a Okwu: lo estaba haciendo a propósito, disfrutaba de la mirada tensa en el rostro de su profesora. Solo disponía de segundos para actuar. Me lancé delante de la medusa, tirándome al suelo ante sus *okuoko* que colgaban justo por debajo de la armadura convertida en arma. Miré a Okwu; notaba sus tentáculos suaves y pesados junto a la cara. Las medusas entendían la postración de inmediato.

—Okwu, escúchame —dije en khoush.

Desde que llegamos a la universidad, había enseñado a Okwu a hablar khoush y otjihimba, mi lengua; la medusa odiaba el sonido de las dos. Creo que esto se debe, en parte, a que Okwu consideraba el sonido de cualquier idioma inferior al de las medusas. Pero, además, tenía que producir las palabras a través de un tubo, situado entre sus *okuoko*, por el que expelía el gas que usaba para respirar en atmósferas de aire, algo que le resultaba difícil y antinatural. Le molestaba que le hablara en khoush, por lo que era la mejor forma de atraer su atención.

Generé una corriente; ahora podía ramificar más rápido que cuando estaba en casa. En el

último año había aprendido mucho de la profesora Okpala. La corriente tocó mis *okuoko*, me hizo cosquillas y a continuación alcanzó los de Okwu. Volví a sentir esa rabia de repente y, en mi interior, una parte de mí me acusó con firmeza: «Impura, Binti. ¡Estás sucia!». Rechiné los dientes para mantener el control. Fracasé y lo solté sin más. Mi voz salió en un estallido claro y alto.

—¡Detente! —grité en khoush—. ¡Detente ahora mismo!

Sentí que mis *okuoko* se ponían de punta y se retorcían como esos cúmulos de serpientes apareándose que a veces veía en el desierto. Debía parecer una bruja enloquecida. Yo también me sentía así. Okwu bajó de inmediato su agujón, dejó de exhalar gas y se alejó de mí.

—Quédate ahí, Binti —dijo—. Si tocas la armadura, morirás.

La profesora Dema también bajó el arma.

Silencio.

Me quedé en el suelo, con las matemáticas revoloteándome en la mente y la corriente aún rozando a mi única amiga en todo el planeta tras un año allí. Sentí que la tensión abandonaba la habitación, que me abandonaba a mí también. Unas lágrimas de alivio se derramaron por las comisuras de mis ojos a medida que esa rabia extraña y aleatoria se iba agotando. Mis *okuoko* dejaron de retorcerse. En la cavernosa área de trabajo había otros seres, observando. Hablarían, se correría la voz y aquello se convertiría en otro recordatorio para los estudiantes, humanos y no humanos, de que guardaran las distancias conmigo, incluso si les caía bastante bien.

La amiga y compañera de Okwu, Jalal, bajó sus armas y dio un salto hacia atrás. La profesora Dema arrojó el arma al suelo y señaló a Okwu.

—Tu armadura es espectacular. Déjala aquí y envíame las instrucciones para fabricarla. Pero si nos encontramos fuera de esta universidad, donde no seamos profesora y alumna, una de nosotras morirá y no seré yo.

Oí que Okwu la maldecía en su idioma tan para sí que no pude entenderla bien. No me dio tiempo a amonestar a Okwu por su grosería antes de que la profesora Dema alzara su arma y le disparara. Produjo un «bum» tan horrible que las paredes temblaron y algunos alumnos salieron volando. Pero Okwu no. La pared que quedaba justo a su izquierda exhibía ahora un agujero más grande que el cuerpo de tres metros de alto y uno cincuenta de la medusa. Trozos y esquirlas de mármol cayeron al suelo y el aire se llenó de polvo.

—No has fallado —dijo Okwu en khoush. Agitó los tentáculos y su umbrella vibró. Risa.

Unos minutos después, Okwu y yo nos marchábamos de la Quinta Torre Invertida en la Ciudad de las Armas. Yo con un zumbido en los oídos y dolor de cabeza y Okwu con un sobresaliente en su proyecto final de primero de Indumentaria Protectora.

— oOo —

Una vez en la superficie, miré a Okwu y me limpié el polvo de mármol y el *otjize* de la cara.

—Debo volver a casa —dije—. Iré de peregrinación.

Noté el aire muy cerca de mi piel. En cuanto regresara a mi habitación y me lavara, me aplicaría *otjize* de nuevo. Me tomaría más tiempo para extender una capa más gruesa en los *okuoko*.

—¿Por qué? —preguntó Okwu.

«Estoy sucia porque me marché de casa», pensé. «Si regreso y completo mi peregrinación, me purificaré. Las Siete me perdonarán y me liberaré de esta rabia tóxica». Pero no le dije nada de eso a Okwu, claro. Solo sacudí la cabeza y caminé por el campo de mullidas plantas color granate llenas de agua que crecían sobre la Quinta Torre Invertida. A veces iba ahí a sentarme sobre las plantas y disfrutar de la sensación de estar flotando que me recordaba a cuando me sentaba en una balsa en el lago de casa.

—Yo también iré —dijo Okwu.

La miré.

—Aterrizarías en un aeropuerto khoush, eso si te permiten subir a la nave. Y te...

—El tratado —dijo—. Iré en calidad de embajadora de mi gente. Ninguna medusa ha estado en la Tierra desde la guerra con los khoush. Iré en son de paz. —Produjo una vibración en las profundidades de su umbrela y añadió—: Pero si los khoush comienzan una guerra, me impregnaré de ella igual que tú te embadurnas de *otjize*.

—No hace falta —gruñí—. El tratado de paz debería bastar. Sobre todo si Oomza Uni favorece el viaje. Y vendrás conmigo. —Sonreí—. ¡Podrás conocer a mi familia! Y te enseñaré dónde crecí y los mercados y... Sí, es una buena idea.

La profesora Okpala lo aprobaría. Una armonizadora armonizada. Llevar a Okwu en son de paz al territorio perteneciente al pueblo contra el cual las medusas habían estado en guerra sería una de las diez buenas acciones que Okpala había insistido en que debía realizar durante el ciclo académico como estudiante de matemáticas. También contaría como la Buena Acción que debía llevar a cabo en la preparación para mi peregrinaje.

HUMANOS, SIEMPRE ACTUANDO

Dos semanas después, encendí el transportador y recé una oración en silencio. Las Siete Deidades estaban en la tierra de mi hogar y yo me hallaba a planetas de distancia de ese hogar. ¿Me escucharían? Creía que sí: las Siete podían estar en muchos sitios a la vez y llevar todos esos lugares con ellas. Me protegerían, porque yo era una himba regresando a su hogar.

Aun así, mi transportador seguía sin hacer nada. Me quedé allí plantada, sin aliento, observando la piedra plana del tamaño de una moneda. Había hecho rodar la cápsula de caparazón duro hasta el ascensor y luego por el vestíbulo de la residencia hasta la entrada. El esfuerzo me había dejado sudorosa y molesta. Y ahora esto. La lanzadera estaba a un paseo de media milla de distancia por un sendero rocoso e irregular. Aunque ansiaba disfrutar del aire libre antes de pasar días encerrada en la nave, la caminata no sería tan agradable si tenía que empujar la pesada cápsula de viaje. Me arrodillé y toqué de nuevo el transportador.

Nada.

Apreté con más fuerza, aunque sabía que no produciría mejores resultados. No se activaba por la presión del tacto, sino por el contacto con la huella dactilar de mi dedo índice.

Otra vez nada.

Enrojecí y siseé de rabia. Eché el pie hacia atrás y pateé el transportador con todas mis fuerzas. Salió disparado hacia los arbustos. Me quedé paralizada con la boca abierta, asombrada por mis acciones y la profunda satisfacción que me generaban. Fui corriendo a los arbustos y empecé a apartar las hojas del suelo a un lado y a otro con la esperanza de distinguir aquella cosa diminuta.

—No hagas eso o te ensuciarás antes de subir a la nave —dijo alguien detrás de mí. Unas manos fuertes me agarraron por los hombros para apartarme con delicadeza. Era Haifa, una khoush que estudiaba armas con Okwu—. Deja que te ayude.

—¿Hasta la estación? —dije con una sonrisa.

—Llevo todo el día estudiando —respondió—. Necesito hacer ejercicio.

Iba vestida con un atuendo verde y ceñido que le cubría todo el cuerpo. El material tan fino del que estaba hecho dejaba ver los músculos protuberantes de sus gráciles y largas extremidades. Llevaba el astrolabio enganchado a una pinza cosida en su traje. Me había encargado de mejorar su diseño y rendimiento, igual que hice con el resto de astrolabios de prácticamente todos los estudiantes de mi residencia. El suyo brillaba ahora como metal pulido y su funcionamiento se adaptaba mejor a la forma meticulosa y sosegada de pensar de la khoush.

Haifa, mucho más alta que yo, era una de esas personas a la que le resultaba tan fácil moverse que no podía estarse quieta. Cuando la conocí, después de bombardearme a preguntas sobre mis *okuoko*, me contó que siempre había sido mujer, pero que nació con el físico de un hombre. Más

tarde, al cumplir los trece años, transicionó su cuerpo para reasignarlo a mujer. Bromeó con que ese proceso llevó más tiempo que el aguijonazo en mi espalda para convertirme en mitad medusa. «Pero por eso soy tan alta», había alardeado.

Cada mañana salía a correr varios kilómetros y luego levantaba troncos en el aserradero que había carretera arriba.

—Me viene bien para competir con seres de otros lugares —dijo, acercándose a la cápsula—. No es fácil ser humana en el departamento de armas, porque somos muy débiles. Además, te debo una —añadió señalando su astrolabio.

Con las gruesas trenzas oscuras rebotando en su espalda, se puso a empujar la cápsula antes de que yo pudiera decir «sí». Mientras avanzaba, con el dedo índice tomé *otjize* de mi frente, me arrodillé y lo enterré en la tierra roja de Oomza.

—Gracias —murmuré.

Corrí para alcanzar a Haifa con la bolsa bien sujeta contra mi larga falda de seda naranja rojizo.

—¿Crees que a tu familia le va a gustar tu nuevo peinado? —preguntó mientras empujaba y hacía rodar la cápsula por el camino rocoso. Una succulenta retrajo una de sus ramas cuando pasamos.

—No es pelo —dije—. Son...

—Lo sé, lo sé —me interrumpió con los ojos en blanco—. No me puedo creer que permitieras que las medusas te hicieran eso. Ahora eres himba y una de esos seres monstruosos. Aunque supongo que es mejor eso que morir.

—Mucho mejor —reí entre dientes.

—¿Por qué te vas a casa tan pronto? —preguntó.

Pasé sobre una piedra especialmente grande.

—Es hora.

Me miró por encima del hombro mientras rodaba la cápsula.

—¿Por qué no ha venido ese monstruo a ayudarte? ¿No sabe dónde vas?

Puse los ojos en blanco.

—Me voy a reunir con Okwu en el puerto de lanzamiento.

—¿Cómo consiguió la nota más alta de la clase en el examen final? Me han contado que sobornó a la profesora.

—No creas todo lo que oigas —dije riendo y corriendo para mantener su ritmo.

—Tendremos que llevar una pistola enorme a todas horas para que la gente nos diga siempre la verdad —dijo, y le propinó un empujón a la cápsula.

A unos cien metros de la estación, Haifa decidió superarse a sí misma: alzó la cápsula y esprintó con ella. Cuando llegó a la puerta, bajó el fardo, realizó una grácil voltereta hacia atrás y dio un alegre salto para chasquear los talones. Unas cuantas personas, que esperaban en la plataforma de la lanzadera, la vitorearon con silbidos, fognazos de luz y aplausos con tentáculos. Haifa les dedicó una reverencia teatral.

—Soy espectacular —declaró mientras me acercaba a ella.

Un ser parecido a una mantis religiosa de cincuenta centímetros de alto chasqueó sus fuertes patas.

—Humanos. Siempre actuando —dijo con una voz atronadora.

La lanzadera llegó, deslizándose sobre el camino fluido de aceite verde, y enseguida subieron cinco personas que esperaban entre la multitud. Me tapé la nariz para evitar el olor a sangre de las plantas insectívoras y subí la última. Haifa cargó mi cápsula hasta dentro, me abrazó con fuerza y, como un misil, atravesó de un salto una ventana enorme y redonda que había junto a la entrada. Un instante después, la lanzadera comenzó a moverse; nunca esperaba demasiado.

—¡Mándale insultos a Okwu de mi parte! —gritó Haifa cuando la lanzadera pasó frente a ella. Se puso a correr junto al vehículo y mantuvo el ritmo un momento.

—Lo haré —respondí.

—¡Buen viaje, Binti! ¡No temas, maestra armonizadora, tu sitio está en el espacio! —gritó Haifa.

La lanzadera la dejó atrás con una potente ráfaga de aire que apartó sus gruesas trenzas. Me agarré a la barandilla que tenía al lado y me giré para observarla a medida que ganábamos velocidad. Haifa nos dedicó otra voltereta y un saludo lleno de entusiasmo. Y entonces desapareció, porque alcanzamos la velocidad constante diurna de mil cien kilómetros por hora.

Me quedé allí un momento para saborear el habitual instante de mareo que se daba cuando la lanzadera estabilizaba a los pasajeros y luego me dirigí rápidamente a mi asiento designado junto a la ventanilla. Tuve que embutirme entre dos individuos peludos que protestaron cuando les manché los pies de *otjize* y un *okuoko* le rozó la cara peluda a uno.

—Lo siento —dije como respuesta a sus gruñidos.

—Hemos oído hablar de ti —respondió uno con aspereza en el idioma de las medusas—. Eres una heroína, pero no sabíamos que te gustara tanto la... tierra.

—No es tierra, es... —Pero suspiré, sonreí y dije sin más—: Gracias.

Echaron mano de sus astrolabios, que se habían puesto a cantar, y comenzaron otra conversación entre ellos dos y las proyecciones de otros cuatro seres en un idioma que yo no entendía. Me senté y me volví hacia la ventana.

Quince minutos después, cuando nos detuvimos en la Ciudad de las Armas, me encontré con Okwu, que salía de una reunión con su profesora; no sé cómo, pero no se habían matado y me sentí agradecida. «Algún día las medusas y los khoush lo superarán», pensé. El tratado era un buen comienzo.

Una hora después, llegamos al puerto de lanzamiento. Y fue entonces cuando empecé a sentirme mal.

— oOo —

Según los tres médicos del hospital universitario que me examinaron, padecía un trastorno de estrés postraumático por lo que ocurrió en la nave el año pasado. Las primeras semanas me sentía bien, pero al cabo de un tiempo comencé a tener pesadillas, terrores diurnos, lo veía todo rojo y luego el pecho de Heru estallando. A veces me daban ganas de vomitar solo con mirar a Okwu, aunque nunca le conté lo que me pasaba. Y además estaban los episodios fortuitos de intensa furia concentrada, que invadían mi mente por lo general tranquila.

Al final, los Departamentos de Matemáticas y de Armas nos ordenaron que fuéramos a terapia. Okwu nunca mencionó qué tal le iban sus sesiones y yo no pregunté. No era algo que quisiera

preguntar a una medusa. Creo que tampoco se lo contaba a su familia. A su vez, Okwu nunca me preguntó por las mías.

Mi terapeuta se llamaba Saida Nwanyi. Era una mujer khoush bajita y rechoncha a la que le gustaba cantar para sí misma cuando no había nadie cerca. Esto lo descubrí en mi primera visita a su despacho, situado en la Ciudad de las Matemáticas, a cinco minutos a pie de mi aula. Ese día me sentía incómoda. Al igual que pasa entre las medusas, en mi familia nadie acude a un desconocido para soltarle sus pensamientos y miedos más profundos. Debía recurrir a un miembro de la familia o guardarlo en mi interior, bien hondo, cerca del corazón, aunque te rompiera desde dentro. Sin embargo, yo no estaba en casa y la universidad no nos dejó elección: era una orden. Pero, por muy incómoda que me sintiera, sabía que necesitaba ayuda.

Así que fui, y cuando me acerqué a su oficina, la oí cantar. Me detuve a escucharla. Y acto seguido me eché a llorar. Era una antigua canción khoush que las mujeres, khoush o himba, cantaban cuando se adentraban en el desierto a conversar con las Siete Deidades. Mi madre se pasaba semanas cantándola cada vez que regresaba. Había oído a mi hermana cantarla para sí misma mientras pulía piezas de astrolabio para la tienda. Yo la cantaba siempre que me escabullía al desierto.

Entré en el despacho de la doctora Nwanyi con las mejillas húmedas y ella sonrió, me estrechó con firmeza la mano y cerró la puerta. Ese primer día nos pasamos una hora hablando sobre mi familia, las costumbres himba y las duras expectativas que recaían sobre las chicas de familias tanto himba como khoush. Resultaba muy fácil hablar con ella; ese día aprendí más cosas sobre los khoush que en toda mi vida. En algunos aspectos, himba y khoush eran como el día y la noche, pero en cuestiones relacionadas con las niñas, las mujeres y el control, éramos iguales. Me llevé una gran sorpresa. Ese primer día no hablamos de lo ocurrido en la nave, y me alegré. Al terminar, regresé a mi habitación sintiendo que había visitado un lugar cercano a mi hogar.

Con el tiempo sí que ahondamos en mis experiencias en la nave y descubrimos la crudeza de aquellos sucesos. A lo largo de esos meses con la doctora Nwanyi, supe por qué me costaba tanto dormir, por qué mi corazón palpitaba con tanta fuerza sin razón aparente, por qué lo pasaba tan mal en las estaciones de la lanzadera solar y por qué no podía ni pensar en subir a bordo de una nave. Pero ahora algo había cambiado en mí. Estaba lista para regresar al hogar. Necesitaba ir a mi casa.

El día posterior al enfrentamiento entre Okwu y su profesora, había concertado una cita con Haras, quien dirigía la universidad. Cuando nos reunimos, le conté que sentía una necesidad imperiosa y Haras lo entendió. Al cabo de una semana, la universidad había concedido permiso a Okwu para viajar y llegó a un acuerdo con la ciudad khoush de Kokure y con Osemba, mi pueblo natal, para que permitieran la visita de Okwu como embajadora. Okwu sería la primera medusa en pisar territorio khoush en son de paz.

La velocidad de estas disposiciones me asombró, pero las acepté. No hay que cuestionar la buena suerte. Mi hogar me llamaba, igual que el desierto, en el que me adentraría con otras muchachas y mujeres himba para ir de peregrinación. Okwu y yo reservamos pasajes para la Tierra poco después de que acabara el cuatrimestre. Mi terapeuta, la doctora Nwanyi, no quería que regresara tan pronto, pero yo insistí e insistí e insistí.

—Tú asegúrate de respirar —dijo cuando me disponía a abandonar su despacho antes del viaje—. Respira.

DESPEGUE

Seguí a Okwu a través de la enorme entrada del Puerto Occidental de Lanzamiento de Oomza Uni. Mis ojos de águila detectaron enseguida las puertas que daban a las naves acopladas, en el otro extremo de la zona de salidas, junto a los mostradores de venta de billetes, facturación y terminales. Abrí la boca para tomar una profunda bocanada de aire, pero acabé tosiendo con fuerza: justo en ese preciso instante, Okwu había decidido soltar una gran nube de gas.

Cuando por fin dejé de toser y mis ojos enfocaron las naves acopladas, el corazón comenzó a latirme como un tambor parlante manejado por el percusionista más fuerte del mundo. Con el dedo índice, tomé *otjize* de mi mejilla y me lo llevé a la nariz para inhalar, exhalar, inhalar, exhalar su dulce aroma. Mi corazón siguió latiendo con fuerza, pero al menos bajó un poco el ritmo. Okwu ya estaba en el mostrador de facturación y me apresuré a seguirla.

El Puerto de Lanzamiento Oeste de Oomza no se parecía en nada al de Kokure en mi planeta natal. Su grandeza quitaba el aliento. Desde que llegué a Oomza Uni, había contemplado edificios de tamaños que nunca antes podría haber imaginado. La inmensidad del desierto sobrepasaba esas estructuras con facilidad, pero, a diferencia de esas construcciones, el desierto era obra de las Siete Deidades.

El descomunal tamaño del Puerto de Lanzamiento Oeste de Oomza quedaba relegado a un segundo plano ante la gran diversidad de los viajeros. En Kokure, prácticamente todos los pasajeros y empleados eran humanos; yo había sido la única himba en un mar de khoush. Aquí, todo el mundo era de todo... al menos desde mi perspectiva poco familiarizada con esa variedad. Tenía diecisiete años y llevaba solo uno en Oomza Uni; el resto los había pasado en la Tierra con mi aislada tribu himba, en la población de Osemba. Apenas conocía la ciudad khoush de Kokure, aunque solo se hallaba a cincuenta kilómetros de mi hogar.

El Puerto de Lanzamiento se parecía a un racimo de burbujas; cada sección contaba con su propia sala de espera para quienes iban de viaje. Había terminales en las que no podía entrar porque estaban llenas de un gas irrespirable para mí. Un grueso cristal recubría una terminal que contenía una especie de huracán rojo desbocado, en el que la gente revoloteaba como insectos.

Tan solo con hacer cola y echar un vistazo a mi alrededor ya pude ver personas de muchas formas, tamaños, organismos, frecuencias de onda y tribus. Aunque no vi humanos como yo. Y si *hubiera* visto a algún paisano himba, seguro que no tendría tentáculos de medusa en vez de cabello. Permanecer en ese lugar lleno de diversidad y movimiento resultaba abrumador, pero también me sentía en casa... siempre y cuando no mirara las naves.

—¿Binti y Okwu? —preguntó en medusa la entusiasmada vendedora de pasajes a través de una cajita en su enorme umbrella.

Era una criatura parecida a Okwu, con un aspecto semejante a las medusas terrícolas, pero del

tamaño de un cobertizo. En el centro de su umbrella, de un negro oscurísimo, tenía una antena con un gran ojo amarillo. En ese último año había aprendido (bueno, me habían contado sin tapujos) que las hembras de ese grupo de individuos tenían antenas con ojos amarillos. Los machos solo contaban con un ojo verde en la umbrella, sin antena. La del puerto de lanzamiento usó su ojo para observarnos a Okwu y a mí con fascinación.

—Sí —respondí en mi idioma.

—¡Ay, qué emocionante! —dijo, cambiando al otjihimba—. Se lo voy a contar a todos mis compañeros macho... ¡Y puede que hasta a algunas de mis compañeras hembra! —guardó silencio un momento para mirar su astrolabio y la pantalla incrustada en el mostrador, que produjo un ligero zumbido y mostró unos patrones complejos de luz que se movían en circulitos giratorios. Mientras los observaba, mi mente armonizadora asignó de forma automática números a cada forma y ecuaciones a sus desplazamientos. La vendedora prosiguió en medusa—: Hoy estaréis en... —calló y expulsó una gran nube de gas. Yo arrugué el ceño—. Las dos viajaréis en la nave dirigida por humanos *Pez Tercero*. ¿Os...?

El tambor parlante en mi pecho comenzó a tocar de nuevo un ritmo de angustia.

—Esa es la nave en la que vinimos —dijo Okwu.

—Sí. Aunque vivió una tragedia aquel día, aún le gusta viajar.

Asentí. *Pez Tercero* era un ser consciente. ¿Por qué iba a morir o dejar de volar por lo que pasó? Aun así, de todas las naves que había para viajar, ¿por qué nos tocaba en la misma donde tantas muertes habían acontecido y donde casi morimos las dos?

—¿Hay... hay algún problema? —preguntó la vendedora—. La universidad os ha concedido privilegios de viaje de por vida, podríamos cambiaros a cualquier nave... Pero sería otro día...

—A mí no me importa —dijo Okwu.

—Vale —accedí—. A mí tampoco. Los espíritus y los fantasmas de los muertos no permanecen allá donde fueron liberados. —Sentí que mi ojo derecho se contraía ligeramente.

—Genial —dijo la vendedora—. Os han dado habitaciones premium cerca de las dependencias del piloto.

Dudé, pero terminé dando un paso al frente.

—¿Hay alguna posibilidad de que me den... la habitación que tenía en el viaje de ida?

El ojo de la vendedora se giró hacia mí y soltó una pequeña nube de gas.

—¿Por? Quiero decir... ¿Estás segura? —Asentí—. Es bastante pequeña y está cerca de las dependencias de servicio. Y las puertas de seguridad son...

—Lo sé —dije—. Quiero esa habitación.

La vendedora asintió, observó su astrolabio y luego la pantalla.

—Puedo conseguirte la habitación, pero espero que no te importe que esté ligeramente desplazada.

—No entiendo —dije con el ceño fruncido.

—*Pez Tercero* está embarazada y seguramente dé a luz cuando llegue a la Tierra. El retoño será un gran activo para la Flota Terrestre de Miri 12, claro. La ventaja para los pasajeros es que *Pez Tercero* viajará más rápido por su embarazo. Pero algunas de sus salas y habitaciones internas cambiarán y se estrecharán.

—¿Por qué viajará más rápido? —le pregunté por pura curiosidad.

—Cuanto antes llegue a la Tierra, antes dará a luz —respondió la vendedora con una sonrisa

cinco cinco cinco cinco.

—¿Binti de Namib? —preguntó el guardia.

Hablé en dos ocasiones con los padres de Heru. La primera vez, su madre solo me observó desde la pantalla virtual y lloró. Me miraba con franqueza y resolución, como si pudiera tender la mano y tocar a su hijo a través de mis ojos. La segunda vez, el hermano de Heru, solo un año más joven que él, me llamó y me pidió que relatara cada detalle de su último momento. No le importó que llorara o que desencadenara toda una semana llena de pesadillas. Ni a mí tampoco. El hermano de Heru se le parecía mucho, cabello oscuro como el granito y cejas espesas. Tras esas dos llamadas no volví a tener noticias de la familia de Heru.

—¿Binti de Namib? —preguntó de nuevo el guardia.

—Oh —dije alzando la mirada. Temblé un poco—. Lo siento.

—Puede embarcar en la nave.

—Gracias —respondí. Me volví hacia Okwu y tuve que mirarla durante varios segundos para evitar caer en otro recuerdo desagradable que implicara a Okwu y cómo había intentado matarme la primera vez que nos vimos—. Tú primero, amiga —le dije en medusa.

— oOo —

Atravesar el umbral y pisar la nave fue bastante fácil. Sentía el tambor parlante en mi pecho, pero nada más. Okwu se alejó flotando hacia su habitación, en el otro extremo de la nave, y yo me alegré de quedarme sola. Necesitaba estar sola. Necesitaba *vivirlo* sola.

Me crucé con pocas personas en el pasillo hacia los dormitorios. Me sentía rara al hallarme de nuevo entre humanos. Demasiada tranquilidad. Me tapé más con el chal de seda porque notaba las miradas de la gente en los *okuoko* y en mi piel cubierta de *otjize*, sobre todo en los brazos, cuello y cara. Hacía mucho tiempo que no me sentía como una extranjera, ni siquiera entre las numerosas razas de Oomza Uni.

Empecé con mis técnicas de respiración nada más ver la puerta del dormitorio. Si me ponía a ramificar, nunca experimentaría todos los efectos de mi miedo y sería incapaz de encararlo como es debido. Se trataba de una petición de la doctora Nwanyi, no para ese momento (no quería que me fuera de viaje), sino ante una determinada idea. «Cuando te enfrentes a tus temores más profundos, cuando estés lista, no te apartes», me había dicho. «Ponte derecha, aguanta, encáralos. Si los superas, no volverán a perjudicarte».

Respiré profundamente para llenar los pulmones de aire mientras me acercaba a la puerta. Aun así, un violento escalofrío me recorrió todo el cuerpo y tuve que apoyarme en la pared dorada.

—Todo va bien —murmuré en otjihimba, pero decidí cambiar a medusa—. Todo va bien.

Pero nada iba bien. Me acerqué a la puerta, con la espalda rígida y la mente llena de ecuaciones. Llevaba una bandeja repleta de comida del comedor y todos los pasajeros de la nave estaban muertos. Pechos despedazados por agujijones de medusa, medusas en modo *moojh-ha ki-bira*, «la gran ola».

Me apoyé en la pared hasta llegar a escasos metros de mi habitación. Una mujer con una niña curiosa pasó a mi lado, me saludó y entró en su habitación, a unas cuantas puertas de distancia. Se hizo el silencio en el pasillo cuando la mujer cerró detrás de sí. El *shhhhhp* de la puerta

sellándose reverberó a mi alrededor. Me lloraban los ojos y empecé a ver estrellas.

Heru.

Era encantador, me gustaba.

Y entonces le cambiaron los ojos porque una medusa le desgarró el corazón. Todas mis amigas deberían haber estado en mi clase. Muertas. Soy la única humana en mi curso de Oomza porque el resto están muertos. Todos muertos. Todos muertos.

Olía su sangre. Oía cómo los despedazaban. No gritaron, porque para eso hacían falta pulmones sin desgarrar. Jadeos. Salpicaduras. Había venido aquí. Fue decisión mía.

Me acerqué las manos cubiertas de *otjize* a la nariz e intenté inhalar el dulce aroma a flores, arcilla y aceites vegetales. Pero no podía respirar. Me llevé las manos al pecho, como si con ellas pudiera rodear el latido de mi corazón intacto, como si pudiera calmarlo. Durante un instante todo se volvió negro. Luego se me aclaró la vista. Solté un gemido.

—Respiración superficial, pulso acelerado. Estás sufriendo un ataque de pánico —dijo en khoush una voz seca de mujer.

—Sí —murmuré.

No me gustaba que mi astrolabio hablara, pero la profesora Okpala había insistido en que lo programara para que lo hiciera siempre que tuviera un ataque de pánico. En aquel momento protesté, pero ahora entendía sus razones.

—Te sugiero que entres en meditación matemática. —La voz provenía de mi bolsillo, donde el astrolabio se calentaba y vibraba con suavidad.

—Si... Si lo hago, no... no aprenderé... nada —jadeé.

—Ya habrá tiempo para aprender, Binti —dijo la voz—. No será el último ataque de pánico que sufras. Pero no hay nadie más en el pasillo excepto yo y lo único que puedo hacer es avisar a los médicos de la nave. Ayúdate a ti misma y entra en meditación ahora mismo.

Todo se volvió negro de nuevo. Y cuando recuperé la vista, por mucho que lo intentara, no podía dejar de ver agujones de medusa atravesando cuerpos con rostros sorprendidos. Heru, Remi, Olu... No conseguía inhalar ni me llegaba el aire a los pulmones. El pecho me ardió cuando, al fin, me rendí. Me «deslicé entre las ramas» y comencé a meditar.

Ahhhhh...

Los números volaban, se dividían, duplicaban, giraban como la voz de las Siete.

No tardaron en colmarlo todo, en convertirse en todo.

Aferrada a la identidad de Euler, $e^{i\pi} + 1 = 0$, pasé de caer en picado a flotar con suavidad por una madriguera de conejo con paredes afelpadas hasta que aterricé sobre un lecho de almohadas y flores. Cuando alcé la mirada desde ese perfumado lugar tan sereno, la estrecha mira telescópica aclaró las cosas de arriba. Estaba en *Pez Tercero*, un ser gigantesco y tranquilo parecido a una gamba que podía respirar en el espacio exterior gracias a unas cámaras internas llenas de plantas que producían oxígeno y funcionaban como pulmones. Muchas personas habían encontrado una muerte violenta en aquella nave: mis profesores y mis amigas, pero yo no. No, yo no. Había sobrevivido. Y me había convertido en parte de la familia de las medusas homicidas.

—Mmmmm —musité desde lo más hondo de mi pecho.

El corazón me latía despacio. Metí la mano en el bolsillo y saqué el *edan*. En voz baja murmuré mi ecuación favorita y una corriente azul resaltó las ranuras y líneas finas de sus fractales. Aún no sabía lo que era, pero tras estudiarlo y analizarlo con la profesora Okpala, sabía

cómo hacer que hablara y cantara. Me acerqué a la puerta de mi dormitorio y dejé que me escaneara los ojos. Se abrió y entré en la habitación donde había aprendido a sobrevivir.

— oOo —

Mi primer ciclo de sueño (la noche y el día no existen en el espacio, y menos los basados en el tiempo terrestre) estuvo repleto de pesadillas violentas tan vívidas que apenas pude estar cerca de Okwu al día siguiente. Nunca le había hablado sobre mis ataques de pánico o mis pesadillas, y no iba a hacerlo ahora.

Okwu no se dejaba conmover por cosas así; lo único que decía era que aquello no me mataría, que debía ser fuerte y dejarlo atrás. Las medusas no entienden el sufrimiento humano. Mi dolor emocional solo la irritaría, porque no podría aliviarlo al instante. En vez de ir a su encuentro, guardé las distancias ese primer día con la excusa de que necesitaba tiempo para pensar. La nave contaba con un comedor separado lleno de gas para Okwu, donde encontró comida tan deliciosa que pasó gran parte del primer día allí metida. Estar en una nave no tenía ningún efecto sobre la medusa, que se sentía como en casa y se dedicaba a gozar de los lujos que le proporcionaban la nave y la universidad.

No lo analicé muy detenidamente. Si me metía en esa madriguera de liebre del desierto, acabaría en un lugar muy oscuro donde me plantearía cosas como: «¿A quién mató Okwu durante la *moojh-ha ki-bira?*». Sabía que cuando Okwu participó en la matanza, lo hizo obligada por el fuerte vínculo que une a las medusas con el deber, la cultura y la tradición... hasta que mi *otjize* le mostró algo distinto.

Durante los primeros meses en Oomza Uni, Okwu había respondido a mis llamadas para pasear juntas kilómetros y kilómetros por la Ciudad de las Matemáticas en plena noche, cuando padecía una morriña tan intensa que lo único que podía hacer era caminar y dejar que mi cuerpo creyera que se dirigía a casa. Me convenció para que hablara con todos mis hermanos, incluso cuando me sentía demasiado furiosa y me negaba a establecer contacto. Incluso había permitido que mis padres la maldijeran y le gritaran a través de mi astrolabio hasta que soltaron su enfado y su miedo y se tranquilizaron lo bastante para preguntar: «¿Cómo está nuestra hija?». Okwu había sido mi enemiga y se había convertido ahora en mi amiga, en parte de mi familia. Aun así, pedí que me trajeran las comidas a mi habitación.

Al segundo día, los recuerdos disminuyeron y fui capaz de pasar tiempo con la medusa. Estuvimos charlando en el espacio situado entre los dos comedores.

—Qué bien sienta salir del planeta —dijo.

—Esta solo es mi segunda vez —respondí mientras observaba la oscuridad a través de la ventana.

—Lo sé —dijo Okwu—. Por eso estar en Oomza Uni te parecía tan natural. A mí me gusta la universidad, con los profesores y los alumnos, pero me hacía sentir... pesada.

Me volví hacia ella, sonriendo.

—Pero si eres muy... ligera. Si apenas pesas...

—No es cuestión de masa y gravedad —dijo, agitando sus *okuoko* con alegría—. Es lo mismo que te pasa a ti, que necesitas estar cerca del desierto. No vives en él, pero juegas mucho allí y te

gusta vivir junto a su inmensidad. Siempre está ahí. Y es lo mismo que siento yo en el espacio.

—Entiendo —asentí, recordando el desierto junto a mi hogar—. ¿Por eso tenías tantas ganas de venir conmigo?

—Puedo viajar a mi casa en cualquier momento —dijo con una voluta de gas—. Pero me parecía un buen momento. A la líder le complace la idea de irritar a los khoush con mi visita. — Agitó los tentáculos e hizo vibrar su umbrella. Risa.

—¿Vienes a causar problemas? —le pregunté con el ceño fruncido.

—A las medusas nos gusta la guerra, sobre todo cuando a una no le permiten provocarla. — Una onda de alegría recorrió la parte frontal de su umbrella.

—No habrá ninguna guerra —gruñí en otjihimba mientras me alejaba de ella.

Solo serían tres días terrestres. Cuando llegó la hora de la comida, por mucho que lo intenté, las cosas no mejoraron. Me adentré un paso en el comedor donde las medusas habían llevado a cabo la *moojh-ha ki-bira*, miré a mi alrededor, me di la vuelta y regresé de inmediato a la habitación. Volví a pedir que me trajeran allí las comidas.

Dediqué gran parte del tiempo a meditar en una de las inmensas cámaras respiratorias de la nave. A muchos no les dejaban entrar en esos espacios durante más de unos pocos minutos muy controlados, pero mi excepcional estatus de heroína me proporcionaba todo lo que quería, hasta tiempo ilimitado en esas cámaras. Okwu no me acompañaba porque su gas no era beneficioso para las plantas, y a ella no le gustaba el olor del aire. Para mí, el dulce aroma de las múltiples especies de plantas que producían oxígeno y el ambiente húmedo que las mantenía con vida me venían de perlas para tener paz interior. El *otjize* de mi piel, además, adquiriría una suavidad aterciopelada.

Pasaron los tres días; así es el tiempo cuando estás viva, ya sea feliz o atormentada. Y pronto me hallé atada a la silla negra de aterrizaje mientras observaba cómo la Tierra se acercaba más y más.

Cuando entramos en la atmósfera, la luz rozó mi piel y esa cálida sensación tan conocida me hizo llorar. Los *okuoko* se relajaron sobre mis hombros cuando el sol los acarició por primera vez.

Incluso siendo lo que eran, mis *okuoko* reconocieron el sentimiento de estar en casa. Después de aterrizar y de acoplar la nave a la puerta, me senté y observé el cielo azul por la ventana.

Reí.

EN CASA

Una semana antes, los de Relaciones Universitarias de Oomza nos instruyeron para que, cuando llegásemos a la Tierra, esperáramos dos horas para que todo el mundo pudiera salir antes que nosotros.

—Pero ¿por qué?

—Para que no haya problemas —respondieron a la vez los dos representantes con los que nos habíamos reunido.

Habían transcurrido unos cien años desde que las medusas llegaron a tierras khoush, y ninguna lo había hecho en son de paz. Nos contaron que el puerto de lanzamiento permanecería vacío durante una hora exacta, a excepción de mi familia, diputados, funcionarios y prensa de la ciudad khoush de Kokure y de Osemba, mi pueblo natal. Una lanzadera especial nos llevaría a Okwu, a mi familia y a mí hasta allí.

Las dos horas que estuvimos esperando me permitieron desprenderme del malestar por el aterrizaje. Llevaba puesta mi larga falda roja más elegante y una blusa de seda naranja; el *edan* y el astrolabio estaban guardados en las profundidades del bolsillo delantero de la blusa. También me había vuelto a poner todas mis tobilleras de metal. En la habitación, bailé mi danza tradicional favorita delante del espejo para asegurarme de que las había colocado bien. Sentía el *otjize* fresco que me había extendido por todo el cuerpo como manos reconfortantes. Hasta le había cubierto tres *okuoko* a Okwu con *otjize*, algo que complacería a mi familia y molestaría a los khoush. Tocar los largos tentáculos colgantes de las medusas se asemejaba a acariciar cabello humano; no era un acto demasiado íntimo, pero Okwu no permitía que los tocara cualquiera. A mí me dejó, aunque según la medusa se sentía un poco ebria al tenerlos cubiertos de *otjize*.

—Todo es... alegría —sonaba perpleja por su estado.

—Bien —dije con una sonrisa—. Así no estarás tan gruñona cuando conozcas a los demás. A los khoush les gusta la buena educación y los himba esperan un carácter alegre.

—Pienso quitármelo pronto —repuso—. No está nada bien sentirse así de satisfecha con la vida.

Recorrimos el pasillo y, al girar una esquina, llegamos a la salida de la nave. Durante un instante pude observar a las personas que esperaban fuera antes de que me vieran a mí. Tres drones de prensa flotaban a unos metros de la puerta. La alfombra que había ante la salida era de un rojo brillante. Parpadeé, me toqué la frente y empujé para apartar los oscuros pensamientos.

Reconocí a mi familia. Estaban de pie, congregados junto a un grupo de funcionarios khoush e himba que venían a darnos la bienvenida. No les había contado que mi cabello ya no era pelo, que se había convertido en un conjunto de tentáculos extraterrestres por culpa de los genes de medusa que me habían introducido, que tenían sensibilidad y hacían otras cosas que no comprendía.

Escondía mis *okuoko* con *otjize*, sobre todo cuando hablaba con mi familia a través del astrolabio, porque así no podían ver cómo se movían a veces por voluntad propia. «Pero ahora no podré esconderlos durante mucho tiempo», pensé.

En cualquier momento saldría y todos me verían. Reduje el paso y respiré hondo, exhalé y volví a tomar aire. Estiré la mano para que Okwu esperara. Y entonces me arrodillé, tomé *otjize* de mi mejilla y toqué el suelo de la nave. Mi plegaria a las Siete Deidades fue breve y silenciosa, pero en ella les pedí que bendijeran a *Pez Tercero*.

—Esta criatura interestelar viaja con una parte de mi alma —susurré—. Por favor, dadle un buen alumbramiento y que su retoño sea tan grande, fuerte, aventurero y encantador como su madre.

Deseé que *Pez Tercero* pudiera entenderme y que supiera de mi agradecimiento. Uno de mis *okuoko* se movió y toda la nave vibró a modo de respuesta. Suspiré, sonriendo de alegría. Presioné con más firmeza mi palma contra el suelo antes de levantarme e ir hacia la salida.

Salí de la nave delante de Okwu, y el grito de mi madre alcanzó mis oídos enseguida.

—¡Binti!

Todos se precipitaron como locos hacia mí y de repente me vi inmersa en una masa de cuerpos, la mitad cubiertos de *otjize*, ya que solo las mujeres y niñas himba lo usan. Madre. Padre. Hermanos. Hermanas. Tías. Tíos. Primas y primos.

—¡Mi hija está bien!

—¡Binti!

—¡Te hemos echado de menos!

—¡Quién te ha visto y quién te ve!

—¡Las Siete nos han oído!

Cuando me soltaron, empecé a sollozar aferrada a mi madre. Mi padre nos siguió, tomándose de la mano. Miré a mi hermano Bena a los ojos cuando tocó un mechón cubierto de *otjize*. Por suerte, no me hizo daño.

—Te ha crecido el pelo —dijo.

Le sonreí, sin responderle. Mis hermanas se pusieron a balancear de un lado a otro sus cabellos recubiertos de una capa gruesa de *otjize* y a cantar una canción de bienvenida mientras mis hermanos daban palmas siguiendo el ritmo.

Y entonces todo se detuvo. Yo dejé de llorar a mitad sollozo. Mis padres dejaron de reír de alegría. Bena miraba y señalaba algo a mi espalda con los ojos abiertos de par en par y boquiabierto. Me di la vuelta despacio. Durante un instante fui dos personas a la vez: una chica himba que conocía su historia a la perfección y una chica himba que había abandonado la Tierra y que en el espacio se había convertido en parte medusa. La disonancia me dejó sin respiración.

Okwu ocupaba la salida con su enorme tamaño. Sus tres *okuoko* cubiertos de *otjize* se agitaban como si estuvieran en gravedad cero; uno azotaba el aire con violencia y parecía estar insultando. La piel de su umbrella, fina y de un azul semitransparente, estaba protegida por la armadura traslúcida de metal que la medusa había creado en Oomza Uni. Su descomunal agujijón, blanco como un diente, sobresalía por la parte inferior de la umbrella.

Oí un estrépito detrás de mí y un retumbar de pasos con botas que se apresuraban hacia la sala. Cuando me di la vuelta, uno de los soldados khoush ya había alzado y disparado su arma. ¡Pum! Gritos, carreras, una persona o quizá dos me agarraron y tiraron de mí. Clavé los talones en el

suelo, aparté con fuerza los brazos. Un pequeño estallido de fuego alcanzó la alfombra debajo de los tentáculos de Okwu. A unos centímetros de la medusa, a metros de *Pez Tercero*.

—¿Qué hacéis? —grité.

«Ay, no», pensé con un gemido en las entrañas. Sentí la erupción de la furia de Okwu como una llama en mi cabeza, un fuego que también prendía dentro de mí. Esa furia. «¡Delante de mi familia no! Impura, impura», pensé. «Soy impura». Okwu no hizo sonido ni movimiento alguno, pero yo sabía que en cuestión de segundos, cada soldado, puede que hasta *cada persona* en la sala, estaría muerta... Excepto yo, quizá. Las medusas no mataban a la familia, pero ¿eso incluía «a la familia por batalla»?

Al alejarme del abrazo de mi madre pude oír cómo se rasgaba la manga de mi blusa. Aparté a mi padre a un lado, me recogí la falda por encima de las rodillas y eché a correr. Pasé junto a mi familia, esquivé los drones de prensa, que se giraron para observarme. Me situé entre Okwu y la fila de soldados que había entrado por una puerta a la izquierda y había ocupado la sala. Solté la falda y estiré las manos, una palma hacia los soldados y la otra hacia Okwu.

—¡Parad! —grité.

Cerré los ojos. Okwu iba a golpear. ¿Se daría cuenta de que era yo? ¿Era lo bastante medusa para evitar su agujijón? Ay, mi familia. Los khoush ya estaban disparando, las balas me desgarrarían y me quemarían de dentro hacia fuera. Pero me quedé allí, de pie, con la mente clara y nítida. Me había olvidado de meditar.

Silencio.

Tenía los ojos cerrados, pero no escuché siquiera un paso o el roce de la ropa de alguien o los chasquidos de los tentáculos de Okwu. Hasta que oí y sentí algo. «No, aquí no», pensé con el corazón encogido al mismo tiempo que latía con demasiada fuerza y velocidad. Ya había pasado una vez en Oomza Uni, un día en el bosque. Estaba excavando en busca de arcilla para elaborar *otjize* cuando una bestia enorme con aspecto de cerdo vino corriendo hacia mí. No tuve tiempo de huir, así que me quedé quieta y la miré a los ojos. El animal se detuvo, me olfateó con su hocico húmedo, restregó el lomo peludo y duro de color marrón contra mi brazo, perdió el interés y se marchó.

Mientras observaba cómo desaparecía en un arbusto, noté que los largos *okuoko* se retorcieron en mi cabeza como serpientes, de una forma muy parecida a como lo hacían los de Okwu ahora en la puerta de salida, con el agujijón en ristre. Oía a mis *okuoko* vibrar con suavidad y calentarse. Si creaba una corriente en ese estado, saltarían chispas de las puntas de mis tentáculos cubiertos de *otjize*.

—Por las Deidades, ¿es medio medusa? —preguntó alguien.

—Quizás sea su esposa —susurró uno de los periodistas.

—Mira que son sucios estos himba —dijo otra persona—. Por eso no deberían salir nunca de la Tierra. —Y se rieron.

Me encontré con la mirada de mi padre y solo percibí un terror puro e intenso. Apartó los ojos con rapidez hacia Okwu y supe que observaba su agujijón. Vi los rostros de mi familia y de los otros himba y khoush que habían venido a darme la bienvenida; supe que recordaban las clases de historia cuando posaron sus ojos en la primera medusa que habían visto en su vida.

—Okwu es... —Me giraba de un lado a otro para intentar hablar a los soldados y a Okwu a la vez—. Todos... ¡Quietos! Si alguien se mueve... Okwu... ¡Tranquilízate, Okwu! Si peleas ahora,

los matarás a todos. Es mi familia, mi gente, igual que tú... Si seguimos con vida, tendremos la oportunidad de crecer como... como una familia.

Me goteaba sudor por el *otjize* de mi cara y se deslizaba por mis mejillas. Más silencio, seguido de algo deslizándose: Okwu estaba guardando el agujón. Gracias a las Siete.

—He respetado tus deseos, Binti —dijo con frialdad en su idioma.

Me giré hacia los khoush y hablé con rapidez.

—Esta es Okwu, embajadora de las medusas y estudiante de Oomza Uni. El *pacto*. Recuerden el pacto. ¿Ya lo han olvidado? Es la ley. Por favor. Ha venido *en son de paz...* a menos que la traten de otra forma. Por favor. Somos un pueblo de honor.

Mientras miraba con intensidad a los soldados khoush, no pude evitar ser hiperconsciente del *otjize* que me cubría el rostro. No cabía duda de que me considerarían una salvaje.

Aun así, tras unos minutos, el soldado que había al frente alzó una mano y les indicó al resto que se retiraran. Solté un gran suspiro de alivio y bajé la barbilla hasta el pecho.

—Benditas sean las Siete —murmuré.

Mi madre se puso a aplaudir con fuerza y al final todos se unieron a ella, incluso algunos soldados.

—Bienvenida a la Tierra —dijo un hombre alto khoush que iba vestido con una túnica blanca e inmaculada. Se acercó con mucha ceremonia, me agarró la mano y la agitó. Hablaba con el ardor de un político al que casi le da algo del susto—. Soy Truck Omaze, nuevo alcalde de Kokure. Es un gran honor que hayas aterrizado en nuestro puerto de lanzamiento de camino a casa. Eres una inspiración para todas las personas de la Tierra, pero sobre todo para las de esta zona.

—Gracias, Alhaji —respondí con educación, procurando controlar el temblor de mi voz.

—Esas medusas... —le dijo mi padre a mi madre—. Mira lo asustados que están los khoush, y eso que solo es una. Si no estuviera muerto de miedo, me reiría.

—¡Chist! —le recriminó ella con un codazo.

—Venga, sonrío.

La sonrisa del político era falsa y, mientras seguía riéndose, me agarraba con fuerza para girarme hacia los drones de noticias, sin dedicarle ni una sola mirada a Okwu. El alcalde olía a aceites perfumados; me sentía reacia a acercarme demasiado a sus ropajes blancos. Sin embargo, a él no parecieron importarle las manchas de *otjize*, o quizá estaba tan alterado que en ese momento no les prestó atención. Al acercarse los drones, tiró de mí y su sonrisa se ensanchó. Noté que se estremecía cuando Okwu se puso detrás de nosotros para salir en las imágenes. Y, a pesar de que todos habíamos estado a punto de morir de un disparo, de un agujonazo o de ambas cosas, conseguí sonreír de forma convincente a las cámaras.

— oOo —

Disponíamos de cuarenta y cinco minutos y los periodistas himba y khoush nos hicieron sentarnos allí mismo, en el restaurante desalojado del aeropuerto, para entrevistarme. Gracias a sus preguntas supe lo que más le interesaba saber a la comunidad.

—Estamos orgullosos de ti, ¿te quedarás?

—Has trabado amistad con el enemigo. ¿Te reunirás con los ancianos para compartir tu

sabiduría?

—¿Cuál era tu comida favorita en Oomza Uni?

—¿Qué estás estudiando?

—¿Qué tendencia actual en moda te interesa más?

—¿Por qué has vuelto?

—¿Te han dejado volver? ¿Por qué?

—¿Por qué abandonaste a tu familia?

—¿Qué son esas cosas que tienes en la cabeza? ¿Sigues siendo himba?

—Sigues adornándote con *otjize*, ¿por qué?

—Matemáticas, astrolabios y un objeto misterioso. Eres una auténtica maravilla. ¿Te quedarás ahora que ya has visto Oomza Uni, un lugar mucho más grandioso que tu precaria casa himba?

—¿Qué tal fue Oomza Uni para una chica tribal como tú?

—¿Qué es eso de tu cabeza? ¿Qué te ha pasado?

—Ningún hombre querrá a una mujer que ha huido de casa. ¿Estás contenta siendo una solterona?

Sonreí y respondí con cortesía a todas sus preguntas. Más tarde me llevaron a mantener conversaciones incómodas y frías con funcionarios electos tanto khoush como himba. A Okwu no le preguntaron nada y eso la complacía, ya que prefería permanecer detrás de mí acechando con aire amenazador. Se sentía más feliz entre humanos si les intimidaba.

Yo estaba agotada. Me palpitaban las sienes, mi mente quería disponer de tranquilidad para centrarse en lo que casi había ocurrido con Okwu justo al salir de *Pez Tercero*, pero no me concedían ese momento de paz. Y, sobre todo, aún necesitaba días para recuperarme del estrés de viajar a través del espacio durante el equivalente a tres días terrestres y del cambio que suponía estar en la Tierra. Y, por fin, cuando todo se acabó, nos acompañaron hasta la lanzadera especial que habían preparado para Okwu y para mí. A mi familia le ofrecieron una lanzadera distinta. Agradecí la soledad. Nada más entrar, me hundí en el asiento e intenté no mirar cómo Okwu se comprimía con torpeza y trastabillaba hasta el interior de una lanzadera que claramente no había sido fabricada para su especie.

—Tu tierra es seca —dijo la medusa. Se volvió hacia la ventanilla bulbosa del fondo mientras atravesábamos como un rayo el paraje desértico entre Kokure y Osemba—. Su vida no está basada en el agua.

—Antes solía haber más agua por aquí —dije con los ojos cerrados—. Luego el clima cambió y el agua acabó siendo subterránea o secándose y las lluvias se fueron a otra parte.

—No entiendo por qué mi gente guerreó con los khoush —respondió.

Permaneció en silencio durante un buen rato. Yo también me había preguntado a menudo por qué las medusas lucharon contra los khoush y no contra otra tribu que ocupase una zona del mundo más húmeda.

—Pero los khoush tienen muchos lagos —le respondí—. Los himba somos los que vivimos más cerca del desierto, en el interior. Hasta en mi pueblo hay un lago que se vuelve rosa con la luz del sol por toda la sal que contiene.

—Cuando vea el cuerpo de esa diosa, mi gente lo sabrá.

Una vez le pregunté a Okwu sobre su planeta Omuriro, pero me habló poco de él. Me contó que en Omuriro no había agua, pero todo era suave y carnoso y estaba conectado. «No podrás

respirar sin máscara, pero te adorarán», había dicho Okwu. Las medusas veneraban el agua como a una diosa, ya que creían que descendían de ella. Ese era el origen de la guerra entre las medusas y los khoush, aunque los detalles habían desaparecido en un mar de violencia y muerte. Parte de la culpa también recaía en los relatos, seguramente incorrectos, llenos de rabia, heroísmo y cobardía según quién los contara.

Dediqué unos instantes a pensar qué pasaría si Okwu nadara en el lago, pues nunca había estado en una masa de agua. Pero no pregunté.

LA RAÍZ

La casa familiar se llamaba «la Raíz» desde hacía más de ciento cincuenta años. Llevaba en nuestra familia más tiempo que su nombre. Hecha completamente de piedra, la Raíz fue una de las primeras casas en ser construida en la población himba de Osemba. Incluso las plantas bioluminiscentes que crecían en las paredes del exterior y en el tejado llevaban generaciones allí. La casa había pasado de mujer a mujer, y mi madre, al ser la hija mayor y la única que había nacido con el don de la visión matemática, fue la heredera obvia cuando falleció su madre.

La Raíz era un edificio inmenso con forma de espiral ascendente que manaba del enorme salón en la planta baja. Contaba con una cocina espaciosa, siete cuartos de baño y nueve dormitorios. Como todo en el territorio himba, la Raíz se alimentaba de energía solar gracias a los paneles, situados en los laterales y en el tejado, cuyas bases se habían fundido y fusionado con la roca. La Raíz era antigua, más parecida a una criatura autosostenible que a una casa. Mi padre solía bromear diciendo que un día brotaría otro dormitorio junto al mío.

El salón estaba abierto para todos los miembros de nuestra extensa familia y para los amigos íntimos siempre que lo necesitaran, fuera de día o de noche. Así, la casa nunca estaba en silencio ni gozaba de privacidad. No había ninguna puerta con cerrojo, ni siquiera en los baños, y las comidas siempre eran una ocasión especial. La tarde de mi regreso no se diferenció en muchos sentidos de cualquier otra. Sin embargo, en otros sí que resultaba muy distinta.

La llegada de Okwu a Osemba no fue tan espectacular (ni aterradora) como su aparición en el puerto de lanzamiento. Un grupo reducido de personas nos esperaba para darnos la bienvenida y mirar boquiabiertas a Okwu, pero la mayoría vendría más tarde, hacia la noche. Mi familia llegó después que nosotras en su lanzadera y muchos se encaminaron enseguida hacia la casa para prepararse para la cena de esa noche.

—Okwu —dijo mi padre en himba mientras se acercaba a nosotras. Tenía una sonrisa inestable en su rostro cuando miró a la medusa—. Bienvenida a nuestro pueblo. —Como Okwu flotaba sin decir nada, mi padre me miró y su sonrisa flaqueó. Le indiqué por señas que siguiera hablando—. Vale... Esto... Me ha asombrado cómo te has enfrentado a los khoush. A nosotros tampoco nos tratan demasiado bien. Pero somos un pueblo tranquilo, así que... Los toleramos y trabajamos con ellos. Ven a ver lo que he hecho para ti.

Seguimos a mi padre alrededor de la casa. En cada paso que daba, hundía mis sandalias en la cálida tierra roja con cada paso. Cuánto me alegraba de estar en casa.

—Ah. —Mi padre nos miró por el rabillo del ojo y luego, mientras le seguíamos, se giró y caminó de espaldas—. Me *encanta* cómo hablas nuestra lengua. ¿Te ha enseñado mi hija?

—Sí —respondió Okwu—. Es una buena profesora.

—Es que es una *auténtica* maestra armonizadora —añadió mi padre, dándose la vuelta.

Me mordí el labio y no dije nada.

Cuando doblamos la esquina de la parte trasera, me alegré por poder cambiar de tema.

—Podéis reconocerme el mérito de esto —alardeó mi padre, girándose hacia nosotros con los brazos abiertos. Okwu produjo una vibración de alegría desde el interior de su umbrella.

—Oh, papá —dije con una sonrisa—. Es fabulosa.

Okwu pasó junto a él hacia la tienda de campaña transparente. Tocó la lona y una puerta un poco más grande que la medusa se abrió y dejó escapar una nube de gas de color lavanda. Okwu flotó hacia el interior y la lona se cerró detrás de ella.

—Yo también soy un maestro armonizador —dijo mi padre guiñándome el ojo—. Y un buen investigador. En cuanto averigüé los componentes, fue fácil construir una máquina que crease el gas que respiran las medusas. Es parecido al que producen algunos géiseres cerca de los volcanes en territorio khoush.

—¿Ha sido idea tuya? —le pregunté con una sonrisa.

—Pues claro —respondió—. La enemiga de mi enemigo es mi amiga... por muy monstruosa que sea.

—Okwu no es ningún monstruo, papá.

—Casi te mató en esa nave y casi nos mata a todos en el puerto de lanzamiento. —Cuando abrí la boca para protestar, levantó una mano—. El trabajo de un maestro armonizador es crear paz y amistad, armonizar. Te has hecho amiga de esa cosa, y eso está bien.

Lo abracé con fuerza.

—Gracias.

Okwu solo salió fuera para darle las gracias a mi padre.

—Estoy muy cómoda ahí dentro —dijo—. En verdad eres el padre de Binti.

— oOo —

Mi dormitorio seguía igual que como lo dejé. Piezas de astrolabio, trozos de cable y polvo de arenisca poblaban el escritorio; el armario estaba cerrado y mi cama, hecha. Encima había un paquete envuelto en una fina tela roja. Sonreí. Solo mi madre envolvería un regalo con tanto cuidado y con ese tipo de tela. Le di la vuelta para acariciar su suave frescura y lo deposité de nuevo en la cama. Lo abriría más tarde, cuando todo estuviera más tranquilo.

Fui hasta mi cápsula de viaje para sacar el vestido que había comprado en Oomza Uni en uno de esos escasos días en los que salí de compras. Era largo y vaporoso, y su diseño recordaba ligeramente a las vestiduras khoush, pero también a algo más. Era azul cielo, un color que los himba pocas veces llevábamos. Me lo puse. Cuando bajé para reunirme con los demás en el gran salón, me arrepentí enseguida de mi decisión. «Tonta, tonta, tonta», pensé, mirando a mi alrededor. «Llevo demasiado tiempo fuera». Sentí la picazón de las miradas de todos mientras me iba derecha hacia mi madre, que se acababa de meter en la cocina.

Dos de sus hermanas de mi madre se inclinaban sobre una olla enorme llena de arroz hirviendo y otra donde burbujecía un guiso de cabra al curry de un amarillo chillón. Mi madre alzó la pesada tapa de una cazuela llena de estofado con tomate para echar un plato de alitas de pollo asadas. Mi estómago rugió al ver toda esa comida. A pesar de todos los deliciosos platos

exóticos que había comido y preparado en mi residencia de Oomza Uni, nada se podía comparar con un plato sencillo de arroz especiado con estofado picante de tomate y pollo.

—Mamá —dije en voz baja para que no me oyeran mis tías—. Las mujeres que van a peregrinar esta temporada, ¿cuándo saldrán? Desde fuera del planeta no pude calcularlo ni acceder a las noticias sobre su partida.

Solté una risita nerviosa cuando mi madre levantó las cejas. La época de la peregrinación se calculaba a partir de la composición actual de la arcilla local y luego la fecha se escribía en tres hojas grandes de palmera. Esas hojas pasaban de casa en casa durante un mes hasta que todas las himba lo sabían.

—¿Que *tú* quieres ir de peregrinación? —preguntó mi madre.

—Quiero ver a todo el mundo, claro —confirmé—, pero por eso he venido a casa.

—Es hora —dijimos mi madre y yo a la vez y asentimos con la cabeza.

Estiró un brazo para tocar uno de mis *okuoko* con cuidado. Lo agarró y lo apretó. Me estremecí.

—Así que ya no son pelo —dijo.

—No.

Observé las espaldas de mis tías. Sabía que nos escuchaban mientras removían el contenido de las ollas.

—¿Ella te hizo eso?

—Ellas —respondí— Okwu no... Creo. —Guardé silencio para recordar el momento en el que me agujearon la espalda tras arrodillarme ante la líder de las medusas para intentar salvar mi vida, las de las medusas y las de tantos otros en Oomza Uni—. La verdad es que no sé si fue Okwu. No lo vi.

—Son una mente colmena —dijo—. Así que no importa.

Estaba quitando el *otjize* para revelar su auténtico color: azul transparente con puntos más oscuros en las puntas. Contuve la respiración mientras me inspeccionaba con ojos y manos propios de una madre. Murmuró algo en voz baja y me quedé quieta. Mi madre solo usaba su visión matemática para proteger a la familia. Ahora la estaba usando para mirar dentro de mí. Hasta el fondo.

«Lo verá todo», pensé. Los segundos pasaron, con su mano aferrada a mi *okuoko*, sus ojos taladrándome, sus labios susurrando ecuaciones simples pero con una fluidez intuitiva que se escurrían de mi entendimiento como el aceite del jabón. Cambié el peso de una pierna a otra y rogué a las Siete para que mi madre no las convocara para «exorcizar a su hija contaminada», igual que haría una madre afligida en el ultradramático noticiario que les gustaba ver a mis hermanas. Mi madre soltó de repente el *okuoko* y me dedicó una mirada de comprensión. Parpadeó. Me alzó la barbilla.

—Las mujeres salen mañana.

—¡Ay, no! —dije abriendo mucho los ojos—. Pero... ¡que acabo de llegar!

—Sí. Para ser una maestra armonizadora tan buena siempre llegas en el peor momento.

—Mi vestido para la peregrinación. ¿Es eso lo que hay en el paquete? —pregunté. Mi madre asintió—. Lo sabías.

—Eres mi hija —dijo. Me acercó a ella para estrecharme con fuerza entre sus brazos. Apoyé la cabeza en su pecho y suspiré—. Incluso cuando llevas esa ropa azul tan rara que te hace parecer

una mascarada.

Me eché a reír.

— oOo —

A mi cena de bienvenida vinieron mis nueve hermanos, mis tías, tíos, primos, sobrinas y sobrinos. El líder Kapika del concejo local himba también acudió, junto con Neeke, su segunda esposa. Solo mi mejor amigo, Dele, seguía sin aparecer. Tampoco había venido al puerto de lanzamiento. Estaba decepcionada, pero lo localizaría temprano al día siguiente, antes de partir en mi peregrinación de cuatro días.

—¿Qué clase de vestido es ese? —preguntó mi hermana Vera cuando bajé el último peldaño hacia el abarrotado salón—. Pareces una mascarada sirena. Anda, ve a saludar a Mami Wata al lago —dijo riéndose de sus propias palabras.

Sentí un hormigueo. Vera tenía once años más que yo, era más alta y tan hermosa que pudo elegir a su marido entre quince pretendientes maravillosos hacía cinco años. Había elegido a un hombre tan guapo como un espíritu de agua y, para alegría de mi padre, un próspero vendedor de astrolabios. Vera también era la más franca sobre mi «elección egoísta e irresponsable» de marcharme. Apoyado en la cadera llevaba a su hijo de dos años, que me miraba con los ojos bien abiertos y una preciosa sonrisa.

—Parece que al pequeño Zu le gusta mi vestido —dije.

—A Zu le gusta todo lo raro —repuso mientras lo dejaba en el suelo. El niño dio un paso hacia mí y agarró el dobladillo del vestido para mirarlo de cerca—. Es broma —dijo Vera—. La verdad, esperaba que volvieras vestida con un traje espacial ajustado o algo así. Ese no está tan mal. Y a todos nos tranquiliza que hayas vuelto a casa sana y salva.

Entonces me abrazó con fuerza.

—Gracias —dije.

Y así empezó la noche. Según lo previsto. Pude ponerme al día con muchos amigos de mi edad, chicos y chicas que estaban muy orgullosos de haberse prometido. Me alivió ver que ninguno me preguntaba si yo iba a prometerme, aunque también me molestó un poco. El líder Kapika dio un discurso sobre el orgullo himba.

—Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kaipka de Osemba ha vuelto con nosotros. Ahora la comunidad puede replegarse de nuevo como una flor que se protege a sí misma. Estamos todos juntos. Y eso es bueno.

Cuando terminó de hablar, todo el mundo aplaudió. Yo sonreí, incómoda. Debía volver a Oomza Uni al cabo de dos meses para el comienzo del siguiente trimestre, pero no tenía por qué contárselo ahora a los demás.

Más tarde, nos sentamos todos a cenar, y fue entonces cuando la cosa empezó a ir mal. Estaba disfrutando de una segunda ración de estofado de avestruz y notaba el estómago más lleno de lo normal. En Oomza Uni, la profesora Okpala había exigido a los estudiantes de matemáticas que controlaran su ingesta diaria de comidas abundantes. Al parecer, estar lleno hacía que fuera más difícil ramificar. Y tenía razón. No solía comer más de lo que mi cuerpo pedía, pero descubrí que mi mente estaba más alerta si me quedaba con un poquito de hambre tras cada comida. Con el

tiempo me acostumbré a esta sensación de no estar del todo satisfecha. Pero ese día me di el gustazo de comer.

Me sentía lenta y pesada. Y, en ese momento, para mi satisfacción, me hallaba sola. Lo mejor sería centrarme en la comida. A unos metros de distancia, mi padre permanecía de pie hablando con sus dos hermanos, Gideon y Akpe. Mi tío Gideon se estaba riendo de algo con una risa chillona y, de repente, se esforzaba por evitar que mi padre se cayera.

—¡Papá! —grité y me levanté de un salto.

Era como si la caída de mi padre hubiera abierto un agujero en el suelo, porque todos se precipitaron hacia él. Mi hermano Bena me apartó a un lado para llegar antes que yo.

—¡Moaoogo! —gritó mi madre, que había llegado corriendo—. Moaoogo, ¿qué ha pasado?

Bena y mi tío lo sostuvieron para que se levantara.

—Estoy bien —insistió mi padre, pero sin aliento—. Estoy bien.

Al hablar hizo una mueca e intentó agarrarse las manos sin fuerzas. Y fue entonces cuando noté que las articulaciones de sus dedos estaban muy hinchadas, casi bulbosas. ¿Desde cuándo tenía artritis? Fruncí el ceño cuando mi hermana Vera se puso a mi lado, con su hijo agarrándole la falda, y mi hermana mayor Omaihi se situaba al otro. No soy de baja estatura, pero todas mis hermanas, incluida la pequeña, Peraa, dos años menor que yo, eran más altas. Entre Vera y Omaihi me sentía como una niña entre dos gigantes.

—Papá, ¿estás bien? —preguntó Omaihi.

—Sí, sí, sí —insistió nuestro padre mientras sus hermanos lo ayudaban a sentarse.

Mi hermano Bena se unió a Vera, Omaihi y a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de preocupación en su rostro.

—Papá siempre trabaja demasiado —dijo—. Se pasa todo el día en la tienda con los astrolabios y cuando llega a casa para cenar *ni siquiera* se sienta.

—Ahora lo ves, Binti —siseó Vera.

Noté la mirada de todos sobre mí.

—¿Desde cuándo está...?

—Desde que te marchaste, la verdad —dijo Vera, mirándome a los ojos. Bena y Omaihi también me observaban.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Creéis que la culpa la tiene mi partida? —Vera se rio con sorna sin dejar de mirarme fijamente. Me giré hacia Bena y Omaihi en busca de ayuda, pero no dijeron nada—. Os equivocáis.

—Es la verdad —dijo Vera en voz mucho más alta. Miré a mi alrededor. Quería que todo el mundo la oyera—. Binti, ya que estás aquí, es hora de que te enfrentes a la cruda realidad.

—Antes de que tengas la desfachatez de desaparecer de nuevo en medio de la noche —añadió Omaihi con firmeza.

—Yo... no me marché de noche, era de madrugada —murmuré.

Respiré hondo y metí la mano en el bolsillo delantero para agarrar el *edan*. Era mío, un objeto que estaba estudiando en una universidad situada a una docena de planetas de distancia, un lugar que mis hermanas, mi familia, nunca habían pisado.

Vera se acercó más, inclinándose mientras me observaba por encima de su nariz. Sus rastas cubiertas de *otjize* casi le llegaban hasta las rodillas y hacían que mis *okuoko* parecieran meros brotes frente a un árbol lleno de flores.

—¡Mira a papá! Se suponía que *tú* te encargarías de la tienda para que él pudiera descansar y dedicarse a estar orgulloso. Estamos muy felices de verte, Binti. Pero deberías sentirte avergonzada. ¡Tu egoísmo casi te mata! —Ahora me apuntaba con su dedo índice. Notaba los latidos de mi corazón en los oídos—. Y, entonces, ¿qué habría hecho papá? Y... y aunque *tú mueras*, el mundo seguiría moviéndose. ¿Quién eres tú? No eres famosa.

Estaba apretando el *edan*, pero, no sé cómo, conseguí callarme. Todo el salón permanecía en silencio, escuchando. ¿Dónde estaban mis padres? Allí, a metros de distancia. Mi padre se había sentado, con mi madre y mis tíos a su lado. Todo el mundo nos miraba.

—Estarás sola para siempre si no lo dejas y vuelves a casa —añadió mi hermana mayor. No alzó tanto la voz como Vera, pero sonaba más dura—. Vas de un planeta a otro, tienes que parar.

Unas cuantas personas gruñeron para mostrar que estaban de acuerdo.

—¡Creo que las Siete me crearon para hacer esto! —dije, pero me salió una voz estridente, sin aliento. Estaba mareada por el esfuerzo que suponía controlar mi indignación, por la necesidad de decir lo que creía, llena de esa vergüenza que habitaba en mi interior desde que me marché—. ¿Entiendes lo que *tuve que hacer* en esa nave? ¡Todos habían *muerto*, excepto el piloto y yo! ¡*Vi* cómo lo hacían! Yo...

—Tú confraternizaste con las enemigas de la humanidad —dijo mi hermano Bena detrás de mí.

—No —dije dándome la vuelta—. Las enemigas de los khoush. Ya sabes, esa gente de la que *tanto* despotricas desde que aprendiste a leer.

Me giré de nuevo hacia Vera, que aspiró aire con grandilocuencia y me miró de arriba abajo con asco.

—Estás muy fea, Binti —dijo—. Ni siquiera hablas como antes. Estás contaminada. Tienes casi dieciocho años. ¿Qué hombre querrá casarse contigo? ¿Cómo serán tus hijos? ¡Ni siquiera tu amigo Dele quiere verte! —Esa última parte fue como una mordedura de serpiente—. Quizá no deberías haber vuelto —gruñó.

Acercó su cara a pocos centímetros de la mía. Notaba que se estaba reprimiendo para no pegarme. «Hazlo», le dije con la mirada. «A ver si te atreves». Sentía las mejillas calientes y mi cuerpo empezaba a temblar.

—Algunas muchachas de aquí quieren hacer lo mismo que tú —dijo—. Se suponía que eras una maestra armonizadora. Mírate. ¿Qué armonía has traído?

Intenté aferrarme a la ecuación más simple: $1 + 1, 0 + 0, 5 - 2, 2 \times 1$. Intenté hacer lo mismo que en la nave, cuando tuve control sobre mi propia vida, cuando me enfrenté a una raza de seres que detestaban a toda la humanidad por culpa de unos pocos humanos. Pero los números eludían mi mente. Lo único que veía era la cara cubierta de *otjize* de mi hermana, sus largos pendientes plateados que tintineaban como para remarcar sus palabras, su elaborado collar matrimonial de arenisca y oro que aquí cobraba más importancia para los demás que mi viaje a otro planeta con el objetivo de estudiar en la mejor universidad de la galaxia.

Vera se acercó más.

—¡Has traído discordancia! ¿Qué pasaría si...?

—¡Basta! —le grité, temblando de rabia—. ¿Quién... quién eres tú, Vera? —No encontré más palabras. Inhalé con fuerza e hice algo que nunca pensé que haría ni en mis mayores enfados. Le escupí en la cara. La alcanzó en la mejilla. Me arrepentí de inmediato de mis actos. Pero, en vez

de callarme, continué gritando—. ¿Tienes idea de quién soy yo?

A pesar de que cargaba con el peso de mi arrepentimiento, bramarle de esa forma a mi hermana, a todo el mundo, era una sensación maravillosa. Estaba a punto de decir algo más cuando Vera chilló, con la saliva aún refulgiendo en su cara. Se alejó a toda prisa y aterrizó en una silla. Con el codo volcó un vaso de agua que había sobre la mesa, que acabó rodando hasta el borde y rompiéndose en el suelo. Oí que mi padre gritaba. Detrás de mí, Bena jadeó y también se alejó.

—Lo siento, lo siento, Binti. ¡Lo siento! —murmuró Vera con las manos alzadas y negando con la cabeza.

—Alejaos de ella —dijo uno de mis tíos—. Todos.

—¡Kai! —exclamó alguien—. ¿Qué es eso?

En el otro extremo de la mesa redonda, mi sobrina de cuatro años dejó caer su muslo de pollo y enterró la cara en la pierna de mi hermano mayor, Omeva. Él no se dio cuenta porque me miraba boquiabierto. Todos se marchaban de la habitación, se cubrían los ojos, se encogían de miedo en las esquinas. Me topé con la mirada estupefacta de mi madre y nos estuvimos observando durante mucho rato, hasta que supe lo que ocurría. Mis *okuoko*. Se retorcían por encima de mi cabeza, otra vez.

—¿Qué le ha pasado a mi hija armonizadora? —preguntó mi padre en voz baja—. ¿La conciliadora? Le ha escupido a su hermana mayor en la cara.

Se llevó la mano derecha a los ojos. Qué nudosas tenía las articulaciones.

Solté el *edan* en el bolsillo y me presioné el pecho con la mano.

—Papá, yo...

—¿Qué te ha hecho ese lugar? —preguntó aún con la cara cubierta.

No pude evitar echarme a llorar. No *sabía* qué me había hecho. Aparecía y desaparecía. Estaba tranquila y, de repente, lo único que veía era guerra. Mis hermanos me habían atacado. ¿Cómo podía ayudar la paz en esa situación? Quería decírselo. Quería explicárselo todo. Pero en vez de hacerlo, huí de la habitación. Dejé que mi familia siguiera hablando sobre mí en mi ausencia, como habían hecho desde que me marché. Los escuché mientras subía las escaleras. Empezó Vera, y luego se le unieron mis otros hermanos.

Cerré de un golpe la puerta de mi habitación y me quedé allí plantada. Me temblaba todo el cuerpo. Había hecho un largo viaje para regresar a casa y descansar en los brazos de mi familia y ahora me acababa de expulsar a mí misma. «Hasta una mascarada tiene a su gente. Solo los fantasmas vagan solos», solía decir mi padre. «Tengo que arreglarlo», pensé desesperada. Pero mi mente estaba demasiado abarrotada por la adrenalina y la furia como para pensar en nada.

El regalo sobre la cama atrajo mi atención. Lo desenvolví y dentro descubrí una falda sedosa, una blusa a conjunto y un velo, todo del mismo color naranja oscuro que el *otjize*.

—Es precioso —murmuré.

Estaba hecho de un bonito material impermeable y ligero que me permitiría caminar por el desierto bajo el sol del mediodía como si paseara por la sombra. La ropa de peregrinación de una muchacha o una mujer era la más cara y preciada que poseería hasta el día de su boda.

Solté una risa amarga. Estaba segura de que no volvería a tener una ropa así de cara y preciada en mi vida.

—Para mí no hay boda —susurré. Me reí de mis propias palabras y solté una sonora

carcajada. Acabé riéndome tan fuerte que sufrí calambres en los músculos de la barriga.

Cuando me tranquilicé, me paré a escuchar. Aún podía oír a mi familia hablando en voz muy alta en el salón. Sacudí la ropa de peregrinación y la dejé sobre la silla. Saqué el astrolabio y el *edan* y los coloqué uno al lado del otro sobre la cama. Cerré los ojos y justo cuando me disponía a practicar los ejercicios de respiración que me había enseñado la profesora Okpala, sonó el astrolabio. Alguien intentaba contactar conmigo. Permanecí inmóvil, con los ojos cerrados, mientras repasaba la lista de quién podría ser.

¿Mis hermanas? Posiblemente.

¿Mi padre? No.

¿Mi madre? Posiblemente.

¿Mis tíos o mis tías? Seguramente.

Abrí los ojos y contemplé la cara de Dele que ocupaba por completo la pantalla circular de mi astrolabio. Se miraba las manos mientras esperaba a que aceptara su llamada.

—Dele —dije, y los pitidos de notificación se acallaron.

Levantó la mirada, me vio, y nos observamos. No habíamos hablado desde que me marché. No respondía ni devolvía mis llamadas, y él nunca me había llamado. Ahora parecía más mayor... y más sabio.

—Te has dejado barba —dije sin pensar. Solo era una pelusilla fina, pero no dejaba de ser una barba.

—Me he unido al concejo himba.

No sonrió cuando transmitió la noticia. Y luego se me quedó mirando. Yo le devolví la mirada. ¿El concejo himba? ¿Era el siguiente aprendiz para líder? ¿Dele? Los aprendices para el concejo tenían prohibido abandonar el territorio himba. ¿Cuándo había echado Dele tantas... raíces? Abajo aún seguían hablando, alzando la voz. Ahora podía oír a mi madre. ¿Gritaba?

—¿Cómo estás? —le pregunté a Dele al final.

—Pues aquí —dijo.

Más silencio.

—¿Qué... qué es lo que quieres, Dele?

—Tu hermana me ha enviado un mensaje para que te llamara enseguida —dijo—. ¿Qué pasa?

—¿*Por esto* me has llamado por fin?

—La que se marchó fuiste tú, no yo.

—¿Y qué?

Silencio.

—Dele... No podía decírtelo —expliqué—. Todos... *Tú* asumiste que no iba a irme, que *se suponía* que no debía ir. Pero yo *quería* ir, Dele. Tenía tantas ganas... ¿Nunca has querido algo con todo tu corazón y luego...?

—¿Algo que ningún miembro de mi familia, de todo mi *clan*, quisiera que hiciera? No, Binti, nunca. Eso sería egoísta. No soy khoush.

Nos conocíamos desde que éramos bebés y, al crecer, Dele había empezado a aprender y aceptar la tradición más propia de los himba. Solíamos bromear y discutir sobre eso, pero nuestra amistad siempre prevalecía sobre las leyes, normas y costumbres. Además, por aquel entonces, sus conocimientos tradicionales le habían conferido un aire de fuerza e importancia, a pesar de que a mí no me gustaran. Y ahora se había dejado barba.

—Eres demasiado complicada, Binti —dijo—. Por eso me he mantenido alejado. Eres mi mejor amiga. En serio. Y te echo de menos. Pero eres demasiado complicada. Y mírate, ahora te has vuelto más rara. —Señaló a la cámara—. ¿Crees que puedes cubrirte esas cosas con *otjize* para que no las vea? Te conozco. —Me dejé caer sobre la cama, sintiéndome sin respiración de nuevo. ¿Le había contado mi hermana lo de los *okuoko*? ¿Podía verlos de verdad a través de la cámara? Ahora no se movían—. ¿Qué quieres conseguir con todo esto? —prosiguió—. Puedo ver por tu cara que no te encuentras bien. Estás cansada y triste y...

—¡Eso es por lo que acaba de pasar! —dije—. ¿Por qué no me preguntas en vez de asumir que la mayor decisión de mi vida me hace sentir mal? ¡Me siento mal por culpa de *mi hogar*! Estaba bien hasta que llegué. —Esto último no era del todo cierto, claro, pero necesitaba dejar las cosas claras.

—Todos te queremos —dijo él—. No sabes cuánto sufrió tu familia cuando te marchaste. Puede que las ventas de tu padre hayan crecido gracias a ti, pero su salud ha decaído. No es un buen presagio. ¡Tu padre ostenta más poder que nuestro propio *líder*! ¡Es maestro armonizador! Y la gente de aquí... Pregunta a tus hermanas y primas pequeñas cómo las han tratado. Tú las has mancillado. El matrimonio no será...

—¡Nada de eso es culpa mía!

Dele se calló y sacudió la cabeza, riéndose en voz baja. Otra vez nos dedicamos a mirarnos.

—No puedo ayudarte, Binti —dijo con un gesto de la mano.

—Yo a ti tampoco —le solté.

—Me han dicho que mañana sales de peregrinación —añadió—. Has llegado en un momento extraño, pero buena suerte.

—Gracias —respondí apartando la mirada.

—Confío en que tendrás cuidado —dijo con frialdad.

Y desapareció. Y, por primera vez, lo entendí de verdad. Ningún hombre querrá a una mujer que huye. Ningún hombre querrá casarse conmigo.

Aparté a un lado el astrolabio y el *edan*, me tumbé sobre la cama hecha un ovillo y lloré hasta quedarme dormida.

LA MASCARADA NOCTURNA

Me desperté unas horas más tarde con la cara llena de costras por las lágrimas, *otjize* seco y mocos. Fui al baño a sonarme y limpiarme la nariz, y me miré en el espejo. El *otjize* de ayer se estaba pelando en las mejillas y la frente y dejaba al descubierto trozos de piel de un marrón más claro. Debía quitarlo todo y aplicarlo de nuevo. Sabía que así me sentiría más yo misma. No me paré a pensar en que mi remesa actual de *otjize* estaba hecha a partir de arcilla de otro planeta. Mientras observaba mi rostro ojeroso en el espejo, miré de reojo la ventana que daba a la parte trasera de la casa y me acordé de que Okwu estaba allí fuera.

Bajé de puntillas las escaleras y eché un vistazo al salón. Aún quedaban unas pocas personas despiertas charlando en una esquina, entre ellas mi hermana Vera. Muchas estaban acurrucadas en cojines planos y esterillas. Me escabullí por la puerta trasera y casi tropecé con Okwu.

—La cosa no ha ido bien —dijo.

—No —respondí.

La rodeé para observar la tienda llena de gas. Su alta circunferencia hinchada me recordaba a una medusa gigantesca. Quizá esa había sido la intención de mi padre al prepararla.

—Tu padre ha venido a ver cómo estaba —dijo Okwu—. Parecía disgustado.

Gruñí, pero no añadí nada más al respecto.

—¿Quieres ir al lago? —le pregunté.

La medusa expulsó una gran cantidad de gas que me hizo toser y abanicarme para apartarlo.

—Sí —respondió con una voz tan clara que me dolió la cabeza por la vibración.

Una amplia gama de marrones polvorientos predominaba en Osemba, mi pueblo natal, debido a los caminos de tierra y a los edificios de piedra y ladrillo de arenisca. Los edificios más antiguos formaban un grupo de construcciones de piedra sólida, igual que la Raíz en el límite de Osemba, con sus tradicionales tejados cónicos. A un kilómetro y medio hacia el oeste, las dunas de arena comenzaban a reclamar la tierra rica en arcilla. En dirección contraria, siguiendo todo recto por el camino principal y tras pasar otras casas y una pequeña zona reservada para el zoco occidental matutino, se encontraba el lago. El resto de Osemba se extendía a lo largo de sus orillas.

Okwu y yo recorrimos el camino bajo el amparo de la oscuridad de medianoche. Los himba somos un pueblo de sol. Cuando se pone, nos retiramos. La noche está dedicada sobre todo a dormir, a la familia y la reflexión. Por eso teníamos la carretera para nosotras solas, y yo que me alegraba. Usé el astrolabio para iluminar el camino. De vez en cuando miraba a Okwu y notaba, por cómo flotaba a mi lado y se giraba hacia aquí y hacia allá, que observaba Osemba. Era la primera medusa en hacerlo, en tiempos de paz o de guerra.

—Huelo agua —dijo unos minutos después.

—Está justo delante —contesté—. Esos tablones y franjas de madera son para el zoco que se celebra cada mañana, parecido al mercado de Oomza, pero solo con humanos, claro.

—Entonces no se parece en nada al Mercado Azul de Oomza —dijo Okwu.

—Me refiero al sistema. La gente vende cosas al aire libre. Ven, el lago está justo detrás.

—¿Cómo es que el aire huele a agua? —preguntó Okwu en otjihimba. El asombro de la medusa se hacía más patente cuando hablaba en mi lengua. Sonreí y aceleré el paso, disfrutando de su emoción tan poco frecuente.

Cuando me detuve en la arena, con Okwu junto a mí, tomé una bocanada de aire y contuve la respiración. ¡*Fum!* La medusa expelió una nube de gas tan densa que por un momento solo pude ver una línea de luz teñida de lavanda que provenía de mi astrolabio. Me alejé unos pasos de ella, abanicando el gas hasta que llegué a una zona respirable. Aun así, acabé tosiendo y riendo a la vez.

—Okwu —dije sin resuello—. Tranquilízate...

Pero Okwu ya no estaba allí. Me apresuré a iluminar mi alrededor con el astrolabio y me di cuenta de dos cosas a la vez. La primera fue que Okwu flotaba veloz hacia el agua, como si la empujara un fuerte viento. La segunda fue que no necesitaba mi luz porque el resplandor del lago era suficiente. «La luz del agua», fue el pensamiento que se formó en mi mente poco a poco, aunque otro competía por mi atención. «¿Okwu puede nadar? El agua también contiene sal».

—¡Okwu! —grité corriendo hacia el lago.

Pero la medusa siguió flotando y se hundió con rapidez. Desapareció. Me adentré en el lago hasta que el agua me llegó a las rodillas y sentí que su densidad intentaba levantarme.

—¿Okwu? —chillé.

A mi alrededor parpadeaban unas luces de un verde eléctrico. Era la temporada de los caracoles luciérnaga, unas criaturas minúsculas que lanzaban señales luminosas con lo que fuera que quisieran indicar, y el agua estaba llena de sus bebés bioluminiscentes. Era como caminar por una galaxia superpoblada.

Me adentré más en el agua en busca de Okwu, pero me detuve ante la idea de sumergirme. No sabía nadar, pero debido al alto contenido en sal del lago no podría hundirme: el agua me empujaría hacia la superficie. Aun así, si iba tras Okwu, me quitaría el *otjize*. Y si alguien me veía, aunque creyese que no estaba loca, correría la voz de que me habían visto sin nada de *otjize* y entonces pensarían que estaba loca de remate.

—¿Okwu? —grité por última vez.

«¿Y si el agua ha disuelto su cuerpo?». Observé el lago resplandeciente y preparé las piernas para lanzarme lo más lejos posible y bracear hasta encontrar a Okwu. Y entonces, en medio del lago, entre las estrellas verdes centelleantes, distinguí el remolino de una galaxia. El contorno de Okwu, rodeada de bebés de caracol luciérnaga.

—¿Cómo? —murmuré.

Del lago emergió la umbrella de Okwu, que nadaba con destreza, medio sumergida. Se acercó hacia donde estaba yo, pero se detuvo cuando el agua era demasiado poco profunda como para permanecer así.

—Mis antepasadas danzan —dijo la medusa en otjihimba. Su voz estaba impregnada con más emoción de la que le había oído transmitir nunca. Volvió a adentrarse en el agua y se pasó media hora bailando con los caracoles.

Me senté en la playa, con la larga falda cubriéndome las piernas sin *otjize*, bajo el resplandor verde y deslumbrante de mi lago. Según la tradición, se considera un tabú que las mujeres y las niñas himba se bañen con agua, y nadar públicamente en el lago es incluso peor. Mi afición a ducharme con agua había surgido en la residencia de Oomza Uni. Aunque solo lo hacía cuando podía cerciorarme de que no había nadie cerca. Allí sentada, mientras observaba a Okwu danzar con su diosa, pensé en lo raro que resultaba que para mí fuera tabú nadar en el agua y para Okwu mi tabú fuera en sí mismo un tabú.

Recuerdo que pensé: «Las deidades son muchas cosas».

— oOo —

No sé por qué lo estaba haciendo.

Incluso después de ver a Okwu bailar con su diosa, parte de la furia y el dolor que me había provocado la cena con mi familia seguía circulando por mi sistema. Así que, una hora después, me senté en el suelo de mi cuarto y me puse a acariciar las aristas del *edan* mientras tarareaba como me había enseñado la profesora Okpala. La armonización matemática, unida a las suaves ondas de la vibración de mi voz, a veces alcanzaba ciertos sensores inaccesibles de algunos *édanes*.

Por la ventana abierta entraba una fresca brisa del desierto que provenía del oeste y empujaba las cortinas naranjas hacia dentro. La corriente del viento alteraba la corriente matemática que yo invocaba. Las ecuaciones que tejía mi mente caían en picado y fortalecían lo que estaba componiendo en vez de debilitarlo.

Mientras tarareaba, me puse a ramificar, a flotar en un lecho de números suave, ligero y tranquilo como el agua del lago. «Precioso», pensé, sintiéndome tanto distraída y distante como cercana y en control. Mis manos no dejaban de moverse y no tardé en deslizar un dedo por uno de los costados triangulares del *edan*, que se abrió y se separó. Dentro del vértice piramidal había otra pared de metal decorada con un conjunto distinto de remolinos y bucles. La profesora Okpala lo describía como «un lenguaje debajo de otro lenguaje». Las capas, una encima de la otra, y la forma en la que estaban dispuestas componían otro lenguaje: en mi *edan* todo era cuestión de comunicación. Estaba aprendiéndolo, pero ¿llegaría a dominarlo?

—Ah—suspiré. Acto seguido abrí otra parte triangular de la pirámide y la corriente que había invocado las asió y levantó en el aire ante mis ojos—. Adelante—musité.

El *edan* juntó los dos triángulos de metal. Y, como siempre, empezaron a rotar con lentitud, con el *edan* en el centro como un pequeño planeta y los triángulos como lunas planas haciendo cabriolas. Una pequeña polilla amarilla que había estado revoloteando por mi habitación, atraída por el brillo del *edan*, voló hacia el objeto y se vio atrapada en la corriente giratoria.

¿Fue por la presencia de la polilla, que trastabillaba y aleteaba entre los triángulos de metal? No lo sé. Siempre había muchas cosas que desconocía, pero no saber formaba parte de la cuestión. Sea cual fuera la razón, de repente mi *edan* empezó a soltar más triángulos de sus muchas pirámides, que se unieron a la rotación. Lo que quedaba del *edan* se quedó flotando en el centro. Suspiré de asombro, sumergida en la serenidad sinuosa de la meditación. Era una bola dorada de metal con líneas profundamente grabadas que formaban bucles al azar que no se tocaban nunca, como los dibujos de las huellas dactilares. ¿Estaba hecha de oro macizo? El oro era un

conductor perfecto. Si guiase una corriente a través de ella, sería muy precisa. Y, si lo intentara, ¿se abriría también la esfera? O... ¿hablaría?

La polilla se las apañó para salirse del ciclo y fue entonces cuando perdí el control. En palabras de la profesora Okpala, caí de la rama. La corriente matemática que había invocado se evaporó y todas las piezas de mi *edan* se desplomaron en el suelo con un tintineo musical. Jadeé y las observé detenidamente. Esperé varios minutos, pero no ocurrió nada. Normalmente todas las piezas se volvían a juntar hasta formar el *edan* de nuevo. Como si estuvieran imantadas. Incluso cuando me caía de la rama.

—¡No, no, no! —exclamé mientras reunía los trozos y los apilaba en el centro de la cama. Esperé, otra vez. Nada—. ¡Ah! —grité, casi presa del pánico.

Agarré la bola dorada. Pesaba mucho. Sí, debía de ser de oro macizo. Me la acerqué a la cara, con las manos temblando y el corazón retumbando. Acaricié su estructura laberíntica con el pulgar. La notaba más caliente y pesada que el *edan*, como si contara con su propia gravedad ahora que había sido expuesta.

Estaba a punto de invocar otra corriente para intentar montarlo de nuevo cuando algo en el exterior llamó mi atención. Me acerqué a la ventana y lo que vi me produjo picazón en la piel y pitidos en los oídos. Reculé trastabillando, me quité un poco de *otjize* con el dedo y lo apliqué de nuevo sobre mis párpados para alejar el mal. Mi dormitorio estaba en el último piso de la Raíz y daba al oeste, donde crecía el huerto de mi hermano, terminaba el patio trasero y el desierto empezaba.

—Que las Siete me protejan —murmuré—. No debería estar viendo esto.

Ninguna mujer o niña debería. Y, aunque nunca me había hallado en esa situación, sabía muy bien quién estaba de pie en el huerto de mi hermano en la oscuridad, mirándome, *señalándome* con un dedo largo como una rama. Grité, corrí hacia la cama y observé el *edan* desmontado.

—¿Qué hago, qué hago? ¿Qué está pasando? ¿Qué hago?

Despacio, regresé a la ventana. La Mascarada Nocturna seguía allí; era una masa alta de ramitas, rafia y hojas secas con un rostro de madera en el que destacaban una boca enorme llena de dientes y unos protuberantes ojos negros. Alrededor de la barbilla y en los costados de la cara le colgaban largos hilos de rafia, como la barba de un mago. Un humo blanco espeso le brotaba de la coronilla, y su olor, acre y seco, llegaba hasta mi habitación. La tienda de Okwu quedaba a unos metros de distancia a la derecha de la mascarada, pero la medusa estaría dentro.

—Binti —gruñó la Mascarada Nocturna—. Niña. Niñita del gran espacio.

Gemí, sin aliento por culpa del horror. Mi hermano mayor, mi padre y mi abuelo habían presenciado a la Mascarada Nocturna en distintas épocas de sus vidas. Mi padre la vio la misma noche en que se convirtió en el maestro armonizador de la familia, hacía dos décadas. Mi hermano mayor la vio la noche en la que se peleó con tres hombres khoush en la calle, fuera del mercado, cuando lo acusaron por error de robar los magníficos astrolabios que había traído para vender. Y mi abuelo la vio cuando tenía ocho años, la noche posterior a un ataque khoush, tras salvar a todo el pueblo hackeando los astrolabios de los soldados khoush para que produjeran un ruido que les rompió los tímpanos. Se suponía que solo los hombres y los niños *debían* ver a la Mascarada Nocturna, y solo los héroes de familias himba llegaban a presenciarla. Nadie contaba lo que pasaba después. Yo nunca me lo había planteado. Nunca había sido necesario.

Corrí hacia mi cápsula de viaje y busqué un saquito sellado que contenía las conchas

diminutas de unos caracoles de cristal que había encontrado en el bosque junto a mi residencia en Oomza Uni. Lo vacié sobre la cama y los moluscos crepitaron y pasaron del blanco al amarillo al reaccionar con el aire seco del desierto. Bufé, enfadada. Había traído las conchas para enseñárselas a mis hermanas y en apenas unos minutos se convertirían en polvo.

Las aparté y metí las piezas de mi *edan* en el saquito transparente; hice una mueca al oír que tintineaban al entrechocar. La esfera dorada surcada de huellas seguía caliente. Me quedé quieta un momento, sujetándola. ¿Lo derretiría o lo quemaría? La puse dentro. El saco estaba hecho del revestimiento estomacal de una criatura que poseía unos jugos gástricos tan potentes que podían digerir los metales y piedras más complejos del planeta. Si podía soportar eso, seguro que podría contener el núcleo cálido de mi *edan*.

Lo acababa de meter en mi bolsa cuando oí que alguien llamaba con fuerza a la puerta. Di un salto. El ruido me devolvió de nuevo a la nave, cuando las medusas habían propinado unos golpes contundentes a mi puerta. Me cubrí la boca para retener el chillido que casi se me escapó y cerré los ojos. Respiré hondo, llenándome los pulmones, y solté el aire. Inspiré de nuevo. Exhalé. «No hay medusas en la puerta, Binti», pensé. «Okwu está fuera y es tu amiga». Llamaron de nuevo y acto seguido oí que mi padre decía mi nombre. Corrí a abrirle y me encontré con su ceño fruncido. Detrás de él estaba mi hermano mayor Bena, también contrariado.

—¿La has visto? —preguntó mi padre.

Asentí.

—¡*Kai!* —exclamó Bena llevándose las manos a su cabeza rapada—. ¿Cómo es posible?

—¡No lo sé! —dije con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre, saliendo detrás de él y restregándose la cara. El *otjize* apenas le cubría la piel. Solo mi padre debía verla así.

Mi hermana pequeña Peraa se asomó desde la escalera. Era los ojos de la familia, siempre tan silenciosa y curiosa. «¿La habrá visto también?», me pregunté.

De alguna manera, mi padre supo que estaba allí y se dio la vuelta.

—¡Peraa, vuelve a la cama! —le gritó.

—Papá, hay gente fuera —dijo ella.

—¿Gente? —le preguntó Bena—. Peraa, ¿has visto algo más?

—¿Qué gente? —intervino mi padre antes de que Peraa tuviera tiempo de responder.

—Mucha gente —dijo Peraa sin aliento. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar—. ¡El Pueblo del Desierto!

—¿¡Cómo!? —exclamó mi padre—. Pero ¿qué pasa esta noche?

Salió corriendo por el pasillo hacia las escaleras, con mi hermano pisándole los talones.

—Espera —dijo mi madre alzando la mano para detenerme—. Entra en tu cuarto y ponte *otjize*. Vístete con tus ropas de peregrinación.

—¿Por qué? No son para...

—Hazlo.

Peraa seguía en lo alto de las escaleras, mirándome. Le indiqué con señas que se acercara, pero negó con la cabeza y se fue al piso de abajo.

Los ojos de mi madre se dirigieron a mis *okuoko* cubiertos de *otjize*.

—¿Duelen? —preguntó.

—Solo si les haces daño.

—¿Por qué lo hiciste?

—Mamá, ¿habrías preferido que muriera en la nave como los demás?

—Claro que no —respondió. Parecía que quería decir algo más, pero solo añadió—: Date prisa.

Y entonces se dio la vuelta y se encaminó hacia la escalera con rapidez.

— oOo —

Me apliqué el *otjize* y me vestí con el traje de peregrinación. El *otjize* se pegaría a la ropa y la bendeciría. Se convertiría en el atuendo oficial del acontecimiento de aquella noche, pero no de la peregrinación. «Que así sea», pensé. Antes de salir por la puerta principal, me escabullí por la parte trasera. Okwu me estaba esperando.

—Hay gente rodeando tu casa —dijo en su idioma.

—Lo sé.

Intenté no mirar a la mujer del desierto que se hallaba a unos metros de distancia, observándonos. Era alta, con esa piel tan oscura que a mí me resultaba rara, porque no llevaba *otjize*; parecía unos años más mayor que yo, quizá tuviera veintipocos. Su cabello espeso y rizado era de un bonito negro y temblaba con la brisa.

—Les he visto llegar —dijo Okwu—. Uno me ha pedido que saliera de la tienda. Lo he hecho y me ha hablado en medusa. ¿Cómo es posible que esta gente, que vive tan lejos del agua, conozca nuestro idioma?

—No lo sé —respondí—. ¿Has... has visto algo junto a la casa? Allí, por donde da mi ventana.

—No.

—Vale —murmuré, y me alejé de la medusa—. Espera aquí. Tengo que ir a ver una cosa. —La mujer del desierto me observó cuando me alejé despacio hacia el sitio donde había estado la Mascarada Nocturna—. Solo voy a comprobar una cosa —le dije.

—Aunque corras, te pillaré —me respondió con una sonrisa en *otjihimba*—. Estamos aquí por ti. Y para verla a ella —dijo señalando a Okwu.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

Se rio sin añadir nada más y me dirigió un gesto desdeñoso. Me detuve en el mismo lugar en el que había estado la Mascarada Nocturna. La arena no estaba removida, ni siquiera había huellas superficiales. Esa noche hacía brisa, pero no tanto como para borrar las pisadas en cuestión de minutos.

—Binti —me llamó mi madre.

—Okwu, reúnete conmigo delante de la casa —dije.

—Vale.

Me di la vuelta y regresé a la Raíz.

SANGRE

El Pueblo del Desierto rodeaba la Raíz de la misma forma que hacen los cangrejos en el lago para proteger los nidos cuando sus huevos están a punto de eclosionar. Solo veía a siete, aunque habría más en el otro lado de la casa. Había hombres y mujeres, pero todos tenían esa piel oscura «de la vieja África», como la mía y la de mi padre. Alrededor de la cintura llevaban las faldas tradicionales de piel de cabra, con cinturones de cuentas azules; y la parte superior de sus atuendos también era del mismo color. Se decoraban las muñecas con pulseras hechas de fragmentos y trozos de sal rosa que encontraban en los lagos secos de las profundidades del desierto. Ninguno llevaba zapatos.

Permanecían en silencio, con las espaldas rectas y los semblantes adustos. Esperando. Y, aunque era bien entrada la noche, unos cuantos vecinos habían salido para ver qué ocurría. Cómo no. Para cuando amaneciera, la «radio-arbusto» ya habría hecho correr la voz por todo Osemba de que el Pueblo del Desierto se había presentado en la Raíz. Puede que hasta las comunidades khoush de Kokure se enterasen. Noté la presencia de Okwu a mi espalda, siguiéndome mientras rodeaba la casa. Me giré hacia ella y la saludé con la cabeza.

Mi padre estaba hablando con una anciana alta. Detrás de ella había dos camellos con fardos en sus grupas. Los observé durante un momento; las manos de la mujer se movían mientras conversaba. A veces dejaba de hablar por completo, pero sus manos seguían en movimiento, haciendo círculos, hundiéndose en el aire, zigzagueando; unas veces con dureza, otras con suavidad. Así se comportaban los del desierto, y por eso los himba los veían como un pueblo primitivo y mentalmente inestable. No controlaban sus manos; según nuestros ancianos, la causa era una enfermedad neurológica.

—La traeremos de vuelta mañana por la noche —le dijo la mujer a mi padre, sonriendo al verme.

Me quedé boquiabierta y observé a mi padre, que no me devolvió la mirada.

—¿Me lo prometes? —preguntó.

Ella lo miró con aire de superioridad.

—Qué hijo más orgulloso tengo.

Mi padre me miró al fin y mi madre me agarró de la mano.

—No se va a ninguna parte —murmuró. Yo estaba tan atónita que no podía apartar la vista de ella—. ¡Acaba de regresar con nosotros! —le recriminó a mi padre.

—Sois muy inteligentes, pero vuestro mundo es muy reducido —dijo la anciana, que era la madre de mi padre, *mi abuela*—. Una de los vuestros consigue, no sé cómo, prosperar lejos de vuestra jaula cultural e intentáis cortarle las alas. Fascinante. —Se giró para mirar a su hijo—. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a tu padre? —Se enderezó—. Tu hija, *mi nieta*, ha visto la

Mascarada Nocturna.

Mi hermana Peraa, que estaba a mi lado, jadeó y me miró.

—¿Es cierto? —susurró.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar. Peraa se aferró a la mano de mamá.

—¿Por eso tú...?

—¡No, no la ha visto! —estalló nuestra madre.

La anciana se rio, sus manos se contrajeron y empezaron a moverse otra vez, en zigzag, dando golpes, ondeando. El astrolabio que llevaba colgado del cuello se sacudía sobre su pecho, aunque la mujer no lo tocó ni una sola vez.

—¿Por qué crees que hemos venido? Debemos llevar a cabo ciertos rituales.

Incluso de lejos pude distinguir que su astrolabio era uno fabricado por mi padre. La singular forma ligeramente oval, la arenisca de color rosa... Lo había hecho hacía un tiempo. Mi madre también debió de notarlo, porque se giró hacia él y le lanzó una mirada asesina.

Los otros que había cerca se rieron, y algunos hicieron esos gestos extraños con las manos. Me giré para mirar a Okwu y fruncí el ceño. Se nos habían unido varios familiares míos, pero ninguno quería estar cerca de la medusa, que se había quedado detrás de la gente. A su lado había un muchacho del desierto, más o menos de mi edad, con el pelo espeso y rizado.

—Nos llevaremos a tu hija, *nuestra* hija, al desierto —dijo mi abuela, y se volvió hacia Okwu—. También es tu hija. Hablará con la sacerdotisa de nuestro clan, la Ariya. La traeremos de vuelta mañana por la noche.

— oOo —

Mi madre lloró y mi padre tuvo que sacar a la fuerza mi mano de entre las suyas. Verla llorar me hizo llorar a mí. Y luego Peraa se echó a llorar también. Mis hermanos se quedaron allí plantados, pero vi que Vera se marchaba enfadada. Salieron más vecinos y hubo cabeceos moralistas y murmullos sobre que yo había atraído lo exterior hacia el interior.

—Tendría que haberse quedado allá —dijo con voz áspera una amiga de mi madre.

Okwu no dijo nada. Nada de nada.

DESIERTO

Me adentré en el desierto con la gente que vivía allí.

Me giré para mirar la Raíz sin dejar de mover las piernas para subir por la duna. Aún podía ver el huerto de mi hermano, la ventana de mi habitación e incluso el lugar donde había estado la Mascarada Nocturna. Descendimos por la duna y miré hasta que ya no vi mi casa.

—¿Qué estoy haciendo? —susurré.

Mi abuela, alta y enjuta como un árbol, caminaba a mi lado.

—¿Has traído *otjize*? —preguntó.

—Sí —respondí en voz baja, dando palmaditas a mi bolsa.

Soltó una carcajada.

—Cómo no.

Movió las manos ante su rostro, con una sonrisa aún en los labios; fruncí el ceño, observándola. No dijo nada mientras subíamos la segunda duna, así que saqué el tarro y empecé a aplicarme otra capa de *otjize* en los brazos y la cara, por donde mi madre me había abrazado y habían fluido las lágrimas.

A diferencia de lo que creía mi familia, sabía exactamente a quién iba a ver y necesitaba tener buen aspecto. Había conocido a la Ariya por pura casualidad cuando tenía ocho años y me hallaba aterrorizada. Fue la primera persona a la que le enseñé el *edan*, antes incluso que a mi padre. Aunque no lo había llamado así, sino «piedra celestial», y me dijo que era afortunada de tenerlo. Y ahora me llevaban ante ella, con el artefacto hecho pedazos.

— oOo —

En el desierto había criaturas peligrosas y muchas no dormían por la noche.

La responsabilidad de proteger al grupo recaía en Mwinyi, un chico delgado, más o menos de mi edad y altura. También era a quien había distinguido junto a Okwu antes. A diferencia del resto, que tenían el cabello oscuro, como el mío, el de Mwinyi era castaño rojizo, y no sabía si se debía a que lo tenía lleno de arena del desierto o era su color natural. En el medio le crecía una gruesa trenza apelmazada que le llegaba hasta las rodillas y, al caminar, se movía como una serpiente. No pude entender cómo aquel chico iba a proteger un grupo compuesto por diecinueve adultos hasta que vi lo que era capaz de hacer.

La jauría de licaones llegó tres horas después de escalar la primera duna. Eran al menos treinta y pudimos oírlos llegar desde lejos. Aullaban y ladraban con la confianza de un grupo que no necesita el sigilo para comer y estar a salvo. Nos localizaron y vinieron hacia nosotros sin dudar. Solo yo estaba asustada. Los demás, incluidos los dos camellos, se detuvieron sin más y se

sentaron en la arena. Mi abuela me puso una mano sobre el hombro para mantenerme tranquila.

—Chist —susurró.

Mwinyi fue el único que quedó de pie. Se dirigió hacia la jauría, moviendo las manos como hacían los de su pueblo. No despacio. Ni rápido. A la suave luz de la luna, la escena era mística, como ver algo sacado de las historias que mi padre solía contarme durante el Festival de la Luna. No podía oír con claridad lo que decía, pero sabía que hablaba en el idioma del Pueblo del Desierto. Se rio cuando los licaones se apiñaron a su alrededor, dando vueltas para olfatearlo. Mwinyi dijo algo y dejaron de moverse. Y lo miraban, a la cara, mientras les hablaba en voz baja.

Y entonces, de repente, todos y cada uno de los licaones *nos* miraron. Jadeé y me llevé las manos a la boca abierta. Musité unas cuantas ecuaciones para sumirme en el primer nivel de meditación, lo justo para dejar de temblar. Quería *verlo* con todos mis sentidos y emociones bien alerta. Mwinyi estaba hablando con los licaones que iban a hacernos daño. Unos cuantos del fondo aullaron amistosamente, nos echaron otro vistazo y siguieron su camino. Los otros fueron tras ellos al cabo de un momento.

—¿Es un armonizador? —pregunté.

Mi abuela me miró fijamente.

—Nosotros no los llamamos así.

—Entonces, ¿cómo?

—Es nuestro hijo —respondió al levantarse. Mwinyi hizo un gesto con la mano y nos pusimos en marcha. Mientras caminaba, metí la mano en el bolsillo y toqué el saquito que contenía mi *edan* desarticulado. Incluso hecho pedazos seguía siendo tan misterioso como cuando lo encontré...

EL DESTINO ES UNA DANZA DELICADA

...hacía nueve años. Salí aquella mañana porque me había enfadado muchísimo y había huido de casa. Nadie sabía que estaba enfadada y nadie se dio cuenta de que me había escapado. Lo que me molestó fue algo tan trivial para mis padres y mis hermanos que ni siquiera se habían percatado de cómo me sentía. Iba a celebrarse un baile en el Festival Anual y, aunque todos los de mi edad participarían, mis padres y hermanos mayores habían decidido que lo mejor era que yo no asistiera.

Una semana antes, el Oráculo había proclamado de forma oficial que sería la siguiente maestra armonizadora de mi familia, y muchas cosas habían cambiado, desde cómo me trataban hasta lo que me permitían y me prohibían hacer. Y ahora lo del baile, todo porque debía «agudizar mi don meditativo y el control de ecuaciones» cuando ya podía ramificar con más rapidez que mi padre.

Una no debe discutir con los mayores. Y así, había aceptado la restricción sin rechistar, igual que había aceptado que me nombrasen la siguiente maestra armonizadora, aunque la tienda no podría ser mía por ser mujer. El honor recaería sobre mi hermano. Para mi familia, traía buena suerte y mucho respeto demostrar que podíamos producir otra generación de armonía, así que me sentía orgullosa.

Pero yo quería ir al baile. Adoraba bailar porque mi cuerpo se movía igual que los números y las ecuaciones cuando ramificaba. Al bailar, podía manifestar la corriente matemática en mi interior y la armonizaba con mis músculos, piel, nervios y huesos. Y ahora me habían arrebatado esa oportunidad con el absurdo pretexto de «no es para ti». Así que la mañana siguiente me levanté, me vestí con una falda y una blusa impermeables, me envolví las rastas cubiertas de *otjize* con mi velo rojo, preparé en silencio una bolsa con mis cosas y salí de la casa en dirección al desierto antes de que los demás se levantaran.

El desierto no suponía ningún misterio para mí. A menudo me adentraba en él, aunque en teoría no debía hacerlo. Unas veces iba a jugar y otras, a buscar paz y tranquilidad para practicar la ramificación. El desierto era en gran medida el responsable de que se me diera tan bien ramificar siendo así de joven.

Si mi familia hubiera sabido que iba allí con regularidad en vez de ir al lago como los otros niños, me habrían castigado con algo más que una paliza. Ya por aquel entonces era lista y sigilosa. Aquella mañana, entré de puntillas en el dormitorio de mis padres y les dije que iba a sentarme junto al lago para ver corretear a los cangrejos. Después salí fuera y, en vez de dirigirme hacia el lago, fui en dirección contraria, al desierto.

Me gustaba el desierto por las mañanas porque seguía fresco y todo estaba en calma. Allí mi mente se aclaraba como el cielo después de esas tormentas tan fuertes que provocaban cortes de luz. Me aplicaba una capa más de *otjize* sobre la piel y recorría hasta ocho kilómetros. Mi

astrolabio empezaba a pitar y a amenazar con notificar a mis padres de mi paradero si me alejaba más. A mi alrededor solo veía arena y nada más, ni siquiera las cimas de los edificios más altos de Osemba, aunque tampoco es que fueran demasiado elevados.

En plena rabieta infantil, no pensaba regresar nunca a casa. En mi mente me convertía en nómada, vagaba por el desierto y dejaba que la arena y el viento me llevaran donde quisieran. Y mientras caminaba, a veces bailaba y canturreaba para mí misma. Mis pies me hicieron andar durante dos horas hacia el norte, más allá del grupo de palmeras secas que se veía desde mi dormitorio, más allá de la zona arcillosa donde una vez encontré una concha vieja, hasta un sitio que había descubierto hacía unos meses, donde un conjunto de piedras grises sobresalía del suelo como dientes achatados.

Eran lo bastante grandes como para sentarse y estaban dispuestas en un amplio semicírculo que se abría hacia el oeste. Nunca les había preguntado a mis padres o a mis profesores sobre ellas, porque entonces tendría que haberles dicho dónde las había visto. Iba allí a menudo y, a veces, me traía una pequeña tienda de campaña, que montaba en medio del semicírculo para sentarme dentro y observar el desierto mientras practicaba ecuaciones, algoritmos y fórmulas de corrientes matemáticas que usaría en los astrolabios que fabricaba.

Necesitaba el silencio absoluto del desierto porque aún estaba aprendiendo. Aquel lugar era perfecto. Cuando practicaba, enterraba los dedos en la arena y dibujaba círculos, cuadrados, trapecios, fractales y cualquier forma que necesitara visualizar en una ecuación. Aquel día, el día que, con ocho años, había huido de mi casa, monté la tienda junto a la piedra más alejada y mis dedos se pusieron a dibujar círculos sobre círculos.

Con los ojos entrecerrados, observaba los remolinos de arena que caían de una duna cercana. Susurraba para crear una corriente mientras dividía los números que aparecían en mi mente. Me esforzaba por no pensar en la mirada pretenciosa de mi hermana mayor cuando dijo: «Solo es un baile. Tienes que empezar a sacrificar cosas así a partir de ahora».

Estaba escarbando, enfadada, la arena con el índice de la mano izquierda cuando lo toqué. Lo rocé con la uña y lo sentí, pero de forma inconsciente. Una corta línea azulada y difusa bailaba ante mí. Lloré. Mi familia tenía razón. Durante tres años me habían presionado sin parar, mi madre, padre, hermanas, hermanos, tías y tíos. Estaban tan seguros de lo que era, de que poseía el don. Sí que lo tenía, y ahora todo estaba cambiando por su culpa. Pero yo solo quería bailar.

La corriente se enroscó hasta formar un círculo perfecto. Había creado una conexión capaz de activar un astrolabio montado y con la opción de «encendido» seleccionada. Noté un pinchazo y siseé de dolor. Mi mano. Mi dedo. El azul desapareció y, con el corazón martilleándome en el pecho, me acerqué el dedo a la cara para mirarlo de cerca. Una picadura de escorpión aquí, sola en el desierto, no sería nada bueno.

Me goteaba sangre del pulgar y tenía la herida llena de arena. Un puntito gris se asomaba en el sitio en el que había estado dibujando círculos con los dedos. Junto a él había una florecilla amarilla. «¿Cómo es que no la he visto?», me pregunté. Intenté agarrar la flor y me di cuenta de que le salía una raíz blanca, fina y seca, pero fuerte, que estaba unida a un objeto enterrado en la arena. Dejé la flor y me lancé a por la punta. No se movió. Me arrodillé para inclinarme y mirarla más de cerca.

—Oh —susurré—. No es...

Me chupé el dedo mientras la miraba. Con la otra mano empecé a excavar. No tardé en usar

las dos manos, sin hacer caso a los pinchazos ni al ligero sangrado. Cuando mi padre me permitía comprarme un libro nuevo, me pasaba horas metida en mi habitación con los ojos cerrados escuchándolo a través del astrolabio. En muchas de esas historias, una persona curiosa encontraba un objeto secreto o mágico que le cambiaba la vida. Siempre había querido que me ocurriera algo así. Y ahora estaba segura de que eso era lo que pasaba.

Era el *Libro de las Sombras* que aparecía en el astrolabio del muchacho al pasar demasiado cerca de un árbol al que acababa de partir un rayo. Era la estatuilla de un águila adornada con piedras preciosas que la chica había comprado en el mercado y que hacía venir a todos los pájaros. Era la planta que empezaba a crecer en el dormitorio del anciano después de una extraña tormenta de arena.

El objeto que desenterré era un cubo estelado. Cabía en la palma de mi mano y estaba hecho de un metal deslucido. Lo recubrían unos dibujos intrincados, bucles, remolinos y espirales cuyas líneas nunca se tocaban entre sí. Lo giré hacia un lado y hacia el otro, maravillándome ante su forma puntiaguda y compleja.

—¿Qué es? —murmuré, asombrada.

Le quité la arena restante y usé un poco de mi *otjize* para pulirlo. Funcionó mejor de lo que esperaba, ya que su apariencia deslucida dejó paso a un brillo extraordinario. Y cada vez que lo movía producía un... un sonido suave. Como la voz ronca de una mujer. Me asustaba un poco... y me fascinaba. De algún modo, aquel objeto contenía una *corriente* antigua. Aun así, cuanto más lo movía, más débil se volvía el sonido, hasta que al final se detuvo.

«A papá se le saldrán los ojos de las órbitas cuando se lo enseñé», pensé con entusiasmo. Y así fue como decidí que no iba a escaparme. Me moría de ganas por oír lo que tuviera que decir sobre el artefacto misterioso que había encontrado. O por saber si conocía la mejor forma de estudiarlo. «A lo mejor puedo hacer que funcione», pensé. Solté una risita, me senté en una de las piedras y me acerqué el objeto a la cara.

Casi grité cuando alguien me dio una palmada en el hombro. Y cuando me giré y vi a la alta mujer con la piel oscura y un halo de pelo negro tan grande que tapaba el sol detrás de ella, sí que grité. Me levanté de un salto y casi caí al tropezar con mi bolsa.

Era una mujer del Pueblo del Desierto. Parecía medir tres metros y todo en ella, desde su pelo hasta el fino velo azul que le envolvía la cabeza, sus pantalones anchos y su blusa, hechos con el mismo material azul, se hinchaba con la brisa. Llevaba una pequeña estación de recogida, el recipiente para guardar el agua y una vieja mochila azul colgados del hombro. Entrecerré los ojos para verla bien con la luz del sol que me daba en la cara. Era tan alta y tan... azul. La persona más alta que había visto en mi vida. Y tan vieja como la madre de mi madre. Con sus manos de dedos largos agarraba un cayado grueso y retorcido, pero no se apoyaba en él.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó. Su voz era seca y mandona, también como la de mi abuela, y me enderecé de inmediato.

—Yo... esto... aquí yo... por favor... mi...

—Ah, cállate, niña —suspiró—. Olvida que te lo he preguntado. —Dejó el bastón a un lado y empezó a hacer lo que me habían contado que hacía el Pueblo del Desierto: movió las manos así y allá, como un niño apartando una mosca. Aproveché para echar un vistazo a mi alrededor. No había más gente. ¿Podría dejarla atrás? La mujer no llevaba zapatos. «¿Cómo puede andar sobre la arena caliente?».

—Binti —dijo—. Hija de Moaoogo Dambu Kaipka Okechukwu Enyi Zinariya.

—Ese es el nombre de mi padre... ¿Cómo lo sabe? —murmuré. Había decidido que no tenía forma alguna de dejar atrás a la mujer. Era vieja y llevaba un bastón, pero algo me decía que era tan fuerte como un hombre y que no usaba el bastón para andar.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—¿Una persona del desierto?

La mujer asintió, moviendo las manos ante sí, como si no formaran parte de su cuerpo. Mi astrolabio vibró en el bolsillo. El sol había alcanzado su cénit y lo mejor era sentarse a la sombra durante la siguiente hora. Metí la mano en el bolsillo para detener la vibración.

—He recorrido un largo trecho para venir aquí a pensar —dijo.

—Yo... yo también —respondí.

Y, durante un momento, nos observamos la una a la otra.

—Llevo viniendo aquí desde que tu madre solo era un pensamiento en el útero de tu abuela —dijo con una carcajada—. ¿Qué has encontrado?

Lo agarré con más fuerza y di un paso atrás.

—Nada. Un trozo bonito de... metal. —Noté que el sudor me hormigueaba en las axilas. Mentir a un anciano es pecado.

—Tranquila —dijo—. No te lo voy a quitar.

—Yo... no he dicho eso.

—Conozco a tu abuela, Binti.

Casi dejé caer el *edan* cuando la miré con sorpresa... y comprensión. La madre de mi padre era una mujer del desierto, pero él nunca hablaba de ella. Los hombres himba no llevaban *otjize*, aunque a veces lo usaban para trenzarse o alisarse el pelo. Mi padre lo usaba para esto último, para disimular su mata de pelo áspero y rizado. Y tenía la piel muy oscura, como la gente del desierto, como yo, y nunca le había gustado. Mi madre, como la mayoría de los himba, tenía un tono marrón más claro, y yo sabía que mi padre se sentía orgulloso de que el resto de sus hijos fueran como su madre... y de que la única que había heredado la piel y el cabello del desierto lo compensara siendo maestra armonizadora.

Cuando tenía cinco años, le había preguntado a mi padre sobre su gente. Me dijo con dureza que nunca volviera a sacar ese tema. Ahora, al mirar a aquella mujer alta, quería irme a casa. *Necesitaba* ir a casa. Mi padre me mataría por hablar con ella. Se suponía que no debía estar aquí, para empezar, así que ese encuentro era culpa mía.

—¿Sabes lo que has encontrado? —Negué con la cabeza—. Es un recuerdo de una época anterior a la nuestra. Una obra de arte y de utilidad antigua. Es arcaico, pero no por ello menos avanzado. —Abrí la mano para mirar el objeto. Descansaba en mi palma, cómodo pero insólito—. ¿Quieres aprender a usarlo?

Volví a negar con la cabeza.

—Tengo que volver a casa —dije—. Mi padre quiere que termine una cosa esta tarde.

—Sí, tu padre, el que tanto talento tiene y tan orgulloso está de sí mismo. —Guardó silencio mientras me estudiaba con la mirada, y añadió—: Los himba lo llamarán *edan*, pero para nosotros es una piedra celestial. Te ha bendecido con su hallazgo. —Movié las manos y rio—. Cuando estés lista para saber cómo usarla de verdad, búscanos.

—Vale —dije, con la sonrisa más falsa que había esbozado nunca. Las piernas me temblaban

con tanta fuerza que pensé que caería de rodillas.

—Que tengas un buen viaje a casa —dijo la mujer. Acto seguido se arrodilló, tocó la arena y dijo—: Benditas sean las Siete.

Me quedé quieta por la sorpresa durante unos minutos. «¿El Pueblo del Desierto también cree en la existencia de las Siete?», pensé. Mi madre creía que eran unos bárbaros. ¿Qué diría ahora? Aunque tampoco pensaba contarle que me había encontrado con aquella mujer.

Me quité *otjize* de la cara y la imité. Me di la vuelta enseguida y salí corriendo. No miré atrás hasta que alcancé la cima de la primera duna. La mujer seguía junto a las piedras grises, donde había encontrado el *edan*. Me pregunté qué haría con la planta que crecía allí.

— oOo —

Por las mañanas, los cangrejos eran escurridizos y rápidos, así que mis padres no se sorprendieron cuando regresé con las manos vacías. Ya no estaba tan enfadada, por lo que cuando le llevé el *edan* a mi padre, dos días después, no tuve que reprimir mis emociones. No le hablé de la planta que había hallado creciendo en él ni le conté dónde lo había encontrado. Fue la única vez que le mentí. Le dije que se lo había comprado a un chatarrero del mercado.

—¿Quién te lo ha vendido? ¿Qué chatarrero? —preguntó ansioso—. ¡Tengo que hablar con él! Míralo, es...

—No lo sé, papá —me apresuré a responder—. No estaba prestando mucha atención. Estaba centrada en el objeto.

—Iré al mercado mañana —dijo mi padre, mesándose la barba desaliñada—. Puede que haya otro por ahí. —Me lo quitó de las manos con los ojos abiertos de par en par—. Qué trabajo tan extraordinario.

—Creo que hace algo...

—El metal —susurró, con la mirada fija en cacharro. Se volvió hacia mí, sonrió y me acarició la cabeza a modo de disculpa—. Lo siento, Binti. ¿Qué decías?

—Nada. ¿Qué le pasa al metal?

Mi padre se lo llevó a la boca para morder una de las puntas. Luego lo tocó con la lengua y se lo acercó al ojo izquierdo, casi hasta rozarlo. Se lo llevó a la nariz y aspiró.

—No conozco este tipo de metal —dijo relamiéndose—. Deja un saborcillo en la lengua parecido al de las sales de los árboles eternos durante la temporada seca.

Los árboles eternos crecían por toda Osemba. Tenían unas hojas anchas y gruesas, con un tacto parecido a la goma, y troncos con espinas duras. Llevaban allí más tiempo de lo que cualquier generación podía recordar. Sus raíces antiquísimas eran tan fuertes y tan profundas que las cañerías de Osemba estaban construidas a su alrededor, pero también junto a ellas. Los árboles eternos condujeron a los fundadores de Osemba hasta la única fuente de agua potable que hay en doscientos kilómetros a la redonda.

Pero eran árboles extraños. Durante las tormentas vibraban tan rápido que producían una especie de aullido que se extendía por toda la ciudad. Durante la temporada seca, formaban una sal sobre las hojas que los sanadores usaban para curar y tratar todo tipo de enfermedades. La llamaban «sal de vida». El objeto que había encontrado sabía a sal de vida.

—Es un *edan* —dijo mi padre, y yo asentí como si nunca hubiera oído la palabra. Me explicó que un *edan* era un nombre genérico usado para referirse a aparatos tan viejos que nadie sabía cuáles eran sus funciones, tan viejos que se consideraban arte y nada más. Para eso lo quería mi padre, para presumir de él delante de sus amigos. Pero yo insistí en quedármelo y, como me quería, me lo permitió.

Y ahora me adentraba en el desierto con la tribu que lo habitaba. Qué distinta sería mi vida si mis padres me hubiesen dejado bailar.

MENTIRAS

Para cuando amaneció, supe que me habían mentido.

—¿Puedes alcanzar a tu medusa? —preguntó mi abuela. Habíamos andado durante el resto de la noche y la mañana. El mediodía se acercaba, así que paramos hasta el anochecer. Nos refugiamos a la sombra de uno de los camellos mientras los demás sacaban dátiles secos y encendían las ruidosas estaciones de recogida de agua. Me estaba quedando dormida de pie, incapaz de mantener los ojos abiertos. La pregunta de mi abuela me espabiló enseguida.

—¿Alcanzar? —dije. Mis ojos se encontraron con los de Mwinyi, sentado a unos metros mientras masticaba lo que parecían hojas secas.

—Sí, hablar con ella —explicó mi abuela.

—No lo sé —musité, con la mirada fija en el desierto—. ¿Es posible? ¿De verdad tengo que...?

—Dile que te traeremos de vuelta cuando consideremos oportuno —me interrumpió—. Nuestro pueblo está a tres días de camino.

—¿Qué? ¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Por qué no me lo has dicho *a mí*?

Ya decía yo que seguíamos andando cuando habían prometido que estaría de vuelta al anochecer. Me había resultado más fácil seguir negando la realidad. Gruñí. Había pasado de un extremo a otro: confinada durante días en una nave y, menos de veinticuatro horas después, andando durante días a través del desierto.

—A veces es mejor decir lo que la gente quiere oír —dijo mi abuela.

—¿No puede volver alguien y decírselo? No sé si podré explicárselo a Okwu. —Respiré; el corazón empezaba a retumbarme en el pecho como un tambor parlante—. ¿Y si no puedo...?

—Depende de ti, Binti —respondió con desdén. Me habló por encima del hombro mientras se acercaba a dos mujeres que habían sacado un gran cuenco de dátiles secos—. Hazlo o no lo hagas.

No me dejó elección. Si no regresaba a casa esa noche, mi familia entraría en pánico. De nuevo. Por segunda vez, se verían obligados a lidiar con mi desaparición y con el hecho de que no podían hacer nada al respecto. Mi madre se quedaría absolutamente callada y dejaría de reír, mi padre trabajaría demasiado en la tienda, mis hermanos sentirían un dolor semejante al causado por la muerte de un ser querido. Mi familia. Tenía que hablar con Okwu.

Sin embargo, aún no sabía gran cosa acerca de mis *okuoko*. No entendía cómo me afectaban, cómo me conectaban a las medusas, sobre todo a Okwu. Ni por qué sentía a través de ellos. Ni por qué se retorcían cuando estaba furiosa. Lo que sí sabía era que podía sentir a Okwu cuando yo me hallaba en la Ciudad de las Matemáticas y ella en la Ciudad de las Armas, a cientos de kilómetros de distancia la una de la otra, y que una vez había notado la presencia de la líder de las medusas, que estaba en otro planeta, cuando quiso ver cómo me encontraba.

Podía mover mis *okuoko* a voluntad, pero no sabía explicar cómo lo hacía. Era como mover las aletas de la nariz; simplemente podía hacerlo. De esta forma, mientras acariciaba el pelaje greñudo del camello, intenté alcanzar a Okwu. Lo pensé, deseé hablar con ella. Pasaron unos segundos. Nada. Suspiré y eché un vistazo a mi abuela, que me observaba. Alcé la mirada al cielo azul y, a lo lejos, vi una nave saliendo de la atmósfera. Solo era una manchita. El puerto de lanzamiento estaría a casi doscientos kilómetros de distancia. Me pregunté si sería *Pez Tercero*. «No», pensé. «*Pez Tercero* va a dar a luz pronto».

Sacudí la cabeza. «Céntrate. Okwu». Me imaginé la tienda que mi padre había instalado fuera de la Raíz, llena del gas que respiraban las medusas. Okwu era la primera de su especie en visitar la Tierra tras las guerras entre khoush y medusas. Okwu haciendo lo que fuera que hiciera en su tienda cuando evitaba interactuar con mi familia o con algún himba curioso. Y, poco a poco, me puse a pensar en unas ecuaciones que me recordaban al espacio y a la forma de moverse por él en cortas distancias.

Volví a intentar alcanzarla, con la mano quieta sobre la grupa del camello, meciéndose al ritmo de la respiración firme del animal. Me esforcé por alcanzar a Okwu, hasta que la medusa se dio cuenta de lo que estaba haciendo. De pronto noté que me agarraba, sentí su mente. Tenía la cara perlada de sudor y, a mi alrededor, todo se tintó del mismo azul claro de Okwu.

«Binti», dijo a través de uno de los *okuoko*, que vibró junto a mi oreja izquierda. «¿Dónde estás? Te has ido muy lejos».

«En el interior del desierto», respondí. «No volveré esta noche».

«¿Quieres que vaya a por ti?».

«No».

«¿Estás bien?».

«Sí. El poblado está lejos, nada más. A días de distancia».

«Vale. Te espero aquí».

Y, como si nada, Okwu me soltó y se fue. Volví a mí misma y mis ojos se centraron en el desierto.

—¿Has terminado? —preguntó mi abuela. Estaba detrás de mí, así que me giré hacia ella.

—Sí. Ya lo sabe.

—Bien hecho —dijo asintiendo con la cabeza. Alzó las manos y empezó a moverlas. Y se marchó.

— oOo —

Montaron sus elaboradas tiendas de piel de cabra de cara al desierto, para dar cierta sensación de intimidad. Dos hombres encendieron una hoguera en el centro de las tiendas y algunas mujeres se pusieron a cocinar. Los suaves silbidos y vapores fríos que emanaban de las estaciones de recogida refrescaron enseguida todo el campamento. No tardaron en transportar la enorme jarra vacía que cargaba uno de los camellos hasta el centro para llenarla de agua.

—Tú estarás conmigo —dijo mi abuela, señalando una tienda que dos hombres acababan de montar. Me ofreció un vaso—. Bebe mucho, tu cuerpo necesita hidratarse.

El interior de la tienda era espacioso, con dos sacos de dormir en cada extremo. Para «cenar»

había pan plano con miel, una sopa nutritiva y deliciosa con pescado desecado que olía de maravilla, más dátiles y té de menta. Cuando amaneció, todo el mundo desapareció en sus respectivas tiendas para dormir.

Me sentía agradablemente llena y cansada, pero demasiado inquieta para acostarme por el momento. Me senté en la esterilla para observar el desierto mientras mi abuela roncaba en el saco de enfrente. Desde que estábamos en el desierto, los recuerdos y terrores diurnos que solía tener habían desaparecido. Inhalé el aire seco y cálido y sonreí. Las propiedades curativas del desierto siempre me habían venido bien. Mis ojos se posaron en Mwinyi que, tras dar de beber a los camellos, movía las manos sentado en una duna de cara al desierto. Me levanté para ir a su encuentro.

Cuando me acerqué me miró, se giró de nuevo hacia el desierto y continuó agitando las manos. Me detuve, por si interrumpía algo. Pero decidí seguir adelante; tenía que saber. Además, había visto a varias personas hablando y riendo mientras movían las manos de esa forma, así que no creía que fuera algún tipo de plegaria o meditación.

—Hola —dije, con la esperanza de que se quedara quieto. No lo hizo.

—Deberías dormir.

Le observé con la cabeza ladeada. Tenía los brazos alzados, las mangas azules subidas y el ceño fruncido mientras sus manos se hundían y barrían el aire.

—Lo haré —dije. Me detuve para respirar hondo. ¿Qué pasaría si invocase una corriente que se conectara a sus manos en movimiento? ¿La energía lo haría parar? Al final se lo pregunté—: ¿Qué haces con las manos? ¿Puedes controlarlo?

Esperé, mordiéndome el labio, muerta de vergüenza. Durante un momento siguió moviéndolas con los ojos fijos en el desierto.

—Me comunico —dijo, alzando la mirada hacia mí.

—Pero lo haces cuando... ¿las mueves? —pregunté mientras hacía una floritura—. Conmigo no estabas hablando. Pero si te comunicas así, yo no lo entiendo. Y veo a la gente haciéndolo incluso mientras hablan con otras personas.

Me estuvo observando durante un rato largo, después desvió la mirada hacia el campamento y de nuevo hacia mí.

—Es algo que debería contarte tu abuela. Pregúntale.

—Te lo estoy preguntando a ti —dije—. Todos lo hacéis, así pues, ¿por qué no puedo preguntar a quien quiera?

—Vale, siéntate —susurró con un suspiro.

Me senté a su lado y me llevé las piernas al pecho.

—La tía Titi, tu abuela, es la mejor amiga de mi abuelo —dijo Mwinyi—. Lo sé todo sobre tu padre y su deshonra. Tú sientes lo mismo.

Parpadeé cuando dos mundos separados se juntaron en mi mente. En la nave, las medusas se habían referido a mi *edan* como «deshonra» y ahora me volvía a encontrar con la misma palabra, pero en un contexto totalmente diferente.

—No lo entien...

—He visto cómo nos miras —me interrumpió—. Igual que todos los himba con los que me he encontrado, como si fuéramos salvajes. Nos llamáis «el Pueblo del Desierto», la misteriosa gente de la arena, con la piel oscura y sin civilizar. —Quería desmentir mi prejuicio, pero tenía razón

—. Y eso que tienes una corona, la piel tan oscura como nosotros y nuestra sangre. ¿Te sorprendió ver que podemos hablar tu idioma además de otros tres? «Pueblo del Desierto». ¿Sabes cómo se llama nuestra tribu en realidad? —Negué lentamente con la cabeza—. Somos los *enya zinariya*. No, no te lo voy a traducir.

Me miró directamente a los ojos y no aparté la mirada. Quería una respuesta a mi primera pregunta y sabía que Mwinyi me estaba poniendo a prueba. No hay nada como mirar a un armonizador a los ojos cuando tú también lo eres. Nada.

Todo a nuestro alrededor desapareció, solo quedó una sonora melodía que vibraba en mis oídos, tan bien afinada que casi me hizo flotar.

—Solo sé lo que me han enseñado —murmuré.

—Eso no es cierto.

—Yo... conocí a una de los vuestros en una ocasión.

—Lo sabemos —respondió—. ¿Y era una salvaje?

—No.

—Así que ya lo sabías de antes.

—Vale —dije. Cerré los ojos y me masajeeé la frente—. Vale.

—Cuando supimos lo que hiciste, nos alegramos —dijo Mwinyi riéndose.

—¿En serio?

Se apartó de mí. Ya había terminado de hablar.

—Deberías irte. Duerme.

—Antes responde a mi pregunta —le pedí—. Por favor.

—Ya lo he hecho. Te he dicho que nos comunicamos.

—¿Con quién?

—Con todos.

—¿Hablas con los demás igual que hablas conmigo?

—Es como tu astrolabio —explicó—. ¿No puedes usarlo mientras hablas con otras personas?

—Pero no hay nadie aquí.

—Estaba hablando con mi madre, que está en mi pueblo —dijo—. Ha preguntado por ti.

—Ah —dije con el ceño arrugado—. ¿Puedes hablar como yo hablo con Okwu?

Se detuvo y movió las manos. Luego se giró y dijo simplemente:

—Pregúntale a tu abuela.

Estaba a punto de levantarme, pero me detuve para hacerle otra pregunta.

—¿Corona? ¿Has dicho que tengo una corona como tú?

Se cogió un mechón de su pelo castaño rojizo, espeso y rizado.

—Esto es la corona —dijo riéndose—. Bueno, tú antes la tenías. Antes de que las medusas te la arrebataran y te la cambiaran por tentáculos.

Quería sentirme ofendida por cómo lo dijo, de esa forma tan literal, pero solté una gran carcajada y de repente estábamos los dos riéndonos con ganas. Cuando me tranquilicé, me inundó todo el cansancio del viaje y me levanté con lentitud.

—¿Puedes repetirme el nombre de tu tribu?

—Tú eres himba, yo soy enya zinariya —respondió.

—Enya zinariya —repetí.

Asintió, sonriendo.

—Lo has pronunciado bien.

—Vale.

Regresé a la tienda de mi abuela, me tumbé y, en cuestión de segundos, me quedé dormida.

— oOo —

—Levántate, niña.

Abrí los ojos para ver la cara de mi abuela y oí cómo el viento agitaba las paredes de la tienda. La miré a los ojos y parpadeé para deshacerme de los últimos restos de sueño. Al enderezarme me sentí muy descansada. La brisa fría de la noche olía tan fresca que ensanché las aletas de la nariz e inhalé profundamente. Había dormido unas seis horas.

Mi abuela sonrió. La fuerte brisa le revolvía su mata de pelo.

—Sí, es una buena hora para caminar.

El desierto era una absoluta maravilla; el brillo de la luz de la luna y el suave desplazamiento de la arena se mezclaban para hacer que el suelo pareciera de otro mundo. Podía oír a los demás hablando, riendo y moviéndose, junto con el bramido de los dos camellos cuando les hicieron levantarse. Mi estómago rugió al oler el pan plano.

—Abuela, dime por qué los enyi zinariya hablan con las manos, por favor. —Abrió los ojos de par en par y me apresuré a decir—: He estado en otros planetas, he visto y conocido gente de otros mundos. No me parece bien no saber nada de mi propio... de mi propio pueblo.

Suspiré al darme cuenta de la realidad de esas palabras. Ahora esa era la verdad, una verdad que había sido diferente un día antes, cuando me avergonzaba y escondía mi sangre. La Mascarada Nocturna hacía honor a su mitología. Verla sí que indicaba un cambio drástico inmediato.

—Ven conmigo —dijo mi abuela, y salió de la tienda. Agarré mi bolsa y la seguí. Mientras nos alejábamos del campamento, vi a dos de los hombres ir a nuestra tienda y empezar a desmontarla. Mi abuela me condujo hacia la duna alta más cercana. Cuando llegamos a la cima, se giró hacia las tiendas y se sentó. La imité. Debajo de nosotras, el campamento rebosaba de actividad; todas las tiendas estaban recogidas, menos la nuestra. Había sido la última en levantarme—. No sé cómo has descubierto el nombre de nuestra tribu.

—Le pregunté a Mwinyi.

—La curiosidad es la única forma de aprender —dijo. Movié las manos ante sí durante un momento y luego me miró—. Me acabo de comunicar con tu padre. —Alcé las cejas—. Los himba os encerráis en vosotros mismos. Os apiñáis alrededor de ese lago rosa, hacéis crecer la tecnología a partir de vuestra cosecha de genios, las niñas y las mujeres excaváis vuestra arcilla roja y os escondéis debajo de ella. Sois un pueblo interesante y habitáis esa tierra desde hace generaciones. Pero sois jóvenes. Los enyi zinariya somos de la antigua África.

»Y, al contrario de lo que todos creéis, poseemos tecnología que deja en evidencia la vuestra, y encima la tenemos desde hace siglos. —Hizo una pausa para que sus palabras calaran. Me costaba asimilarlas. Todo lo que había dicho contradecía tanto lo que me habían enseñado que me sentía un poco mareada. Entonces prosiguió—: Aunque nosotros no la creamos. Nos la trajeron los zinariya. Las personas de aquella época documentaron la llegada de los zinariya, pero esos archivos estaban en papel y el papel no perdura. Solo sabemos de verdad lo que los ancianos

leyeron y luego lo que los ancianos después de esos recordaron y luego lo que los siguientes ancianos recordaron y así sucesivamente.

»Los zinariya llegaron por el desierto. Eran un pueblo dorado, que destellaba bajo el sol. Provenían del sistema solar y aterrizaron en nuestro desierto terrestre para descansar y repostar de camino a Oomza Uni.

—¿Qué? —grité antes de poder controlarme.

—Sí —se rio—. Nosotros, el «Pueblo del Desierto», conocemos Oomza Uni antes de que mucha gente en la Tierra tuviera teléfonos móviles.

—Cielos —susurré.

No podía imaginarme a nadie de la Tierra que fuera capaz de comprender la mera idea de Oomza Uni en aquella época. Los humanos aún no habían tenido contacto de verdad con seres del exterior y si algún ser no humano se había relacionado con extraterrestres, nunca se había molestado en comunicárnoslo. Habían pasado siglos desde entonces y yo, que había estado en Oomza Uni, seguía intentando comprender su grandeza absoluta.

—En aquella época nuestra tribu era más pequeña y nómada, y fuimos los primeros en trabar amistad con los zinariya. Aunque al cabo de unos meses la mayoría partió hacia Oomza, unos pocos se quedaron con nosotros durante muchos años. Antes de marcharse, nos dieron algo para ayudar a comunicarnos con ellos y entre nosotros desde cualquier lugar. «Zinariya» también es el nombre de un organismo vivo hecho a medida para nuestra sangre. Cada miembro de la tribu tuvo que introducirlo en su cuerpo bebiéndolo con agua. Son nanoides biológicos tan minúsculos que pueden incrustarse cómodamente en nuestros cerebros. Es como tener un astrolabio en el sistema nervioso. Puedes comerlo, oírlo, olerlo, verlo, sentirlo y hasta *notarlo*.

¿Cómo no lo había adivinado? No por la tecnología extraterrestre, sino por la plataforma que usaban. ¡Manipulaban una plataforma virtual como las que proyectaban los astrolabios! Pero solo los enyi zinariya podían verla y acceder a ella. Sentí una punzada de vergüenza al darme cuenta de que no había entendido algo tan obvio. Mi prejuicio. Me habían educado para ver al Pueblo del Desierto, los enyi zinariya, como personas primitivas y salvajes aquejadas de un trastorno neurológico genético. Y eso era lo que había visto.

Mi abuela asintió, con una sonrisa astuta en los labios.

—Y en cuanto la zinariya estuvo dentro de quienes la bebieron, la transmitieron a sus descendientes a través del ADN.

Terminó de hablar y me miró, aguardando. Inquieta, fruncí el ceño y dejé que pasaran unos segundos. Estaba a punto de preguntarle si ya me había contado todo lo que tenía que contarme cuando mi mente estalló. El mundo se volvió borroso durante un momento y me alegré de estar sentada. Cerré los ojos, me aferré a la primera ecuación matemática que pude. Las ecuaciones siempre estaban rotando a mi alrededor como lunas y eso me tranquilizaba. Con cuidado, me puse a ramificar. Abrí entonces los ojos, tranquila y llena de armonía, y me enfrenté a un dato estremecedor.

—Mi padre tiene tecnología zinariya —dije.

—Sí —respondió mi abuela, mirándome con una sonrisa.

—Y mis hermanos y yo también.

—Sí.

—Llevamos tecnología extraterrestre.

—Sí.

La información amenazó con derribarme, así que profundicé en la meditación. Si quisiera, podría invocar una corriente y hacer que fluyera por la arena. «Soy himba», me dije entre división y división de fractales de ecuaciones, la pauta que más me tranquilizaba. «Soy himba, incluso si mi pelo se ha convertido en *okuoko* por mis actos e incluso si tengo sangre enyi zinariya. Incluso si mi ADN es extraterrestre».

—Binti —dijo en voz baja mi abuela.

—¿Por qué no puedo verlo? ¿Por qué no pueden mis hermanos o mi padre? Ninguno de nosotros vamos por ahí moviendo las manos, manipulando objetos que nadie más puede ver.

—Tu padre puede y lo hace —explicó—. Cuando quiere. ¿No te he dicho que me acabo de comunicar con él? ¿De verdad crees que un hijo abandonaría a su madre? ¿Solo porque se haya casado con una mujer himba y decida usar su don armonizador en la «civilización» en vez de en el desierto?

Suspiré y me llevé las manos a la cabeza. Me sentía muy rara. Todo era muy raro.

—Si puedes hablar con mi padre, ¿por qué querías que contactara con Okwu?

—Para ver si podías —respondió, sonriendo. Yo fruncí el ceño—. Y ahora escucha. La tecnología zinariya no puede usarse así como así. Hay que encenderla, activarla. De lo contrario, te pasas la vida sin saber que la tienes. Como en tu caso.

—¿Y cómo se enciende?

—Eso es cosa de la sacerdotisa de la tribu. La Ariya. Mañana te reunirás con ella.

— oOo —

Quería regresar.

Oh, qué ganas tenía de regresar. Ya basta ya basta ya basta ya basta. Podría haber vuelto a casa. Habría llegado a tiempo para seguir los senderos de sal yo sola y alcanzar a las mujeres y terminar así mi peregrinación. Podría haberme convertido en una mujer plena de mi tribu, una himba. Lo único que tenía que hacer era echar a andar en la oscuridad y que mi astrolabio me indicara hacia dónde ir. Pero llevábamos días en el desierto y si algo no me mataba por la noche, la escasez de comida y la falta de una estación de recogida de agua lo harían.

Además, no quería regresar. Ni siquiera quería lo que se suponía que debía hacer. ¿Por qué?

— oOo —

Así que seguí a la abuela. Seguí al Pueblo del Desierto.

Fueron otras cuarenta y ocho horas de caminar durante la noche, dormir durante el día, comer dátiles, pan plano y los guisos ricos en aceite de palma de los enyi zinariya. En otras tres ocasiones vi cómo Mwinyi nos protegía de animales depredadores: una jauría de licaones y dos de hienas. Y veía a los enyi zinariya con nuevos ojos; observaba sobre todo sus manos.

Entretanto, apenas tocaba mi astrolabio. Había demasiado que asimilar a mi alrededor; el astrolabio no me hacía falta para nada. Tampoco le prestaba atención a las piezas de mi *edan*. No quería pensar en él. Okwu habló conmigo el segundo día y fue incluso más seca que la primera

vez.

«¿Estás bien, Binti?».

«Sí».

«Bien».

Y eso fue todo. Al tercer día no me dijo nada. Intenté comunicarme con ella, igual que la primera vez, pero no respondió. Me pregunté qué estaría haciendo en la Raíz, pero no me sentía preocupada. Mi abuela hablaba con mi padre, así que todos estaban al corriente de lo que ocurría.

— oOo —

En la cuarta noche, el terreno cambió. El final de las dunas de arena dio paso a una piedra caliza blanca y suave. Poco después, llegamos a una bajada y antes de que pudiera entender lo que estaba pasando y lo que veían mis ojos, oí gritos de alegría.

EL PUEBLO DE ORO

Los enyi zinariya vivían en una vasta red de cuevas situadas en un enorme risco de caliza. En sus entrañas, había escaleras serpenteantes que conducían de una cueva a otra, de una familia a otra. Algunas eran minúsculas, no más grandes que un armario; otras eran tan amplias como la Raíz. A nuestra llegada, me llevaron a visitar rápidamente las cuevas de la familia de mi abuela. Conocí a tanta gente, jóvenes y viejos, todos saludándome con entusiasmo, que no pude entender la lógica de dónde vivían.

Al parecer, niños y mayores podían quedarse donde cada uno estuviera más cómodo. Vi una cueva donde vivían un anciano y su nieta adolescente; los padres de esta (la madre era la hija del hombre) ocupaban una cueva conectada a la suya por un estrecho túnel. El abuelo y la nieta estaban obsesionados con estudiar, recopilar y documentar rocas, por lo que su cueva estaba llena de montones de piedras y pilas de papel amarillento con sus investigaciones garabateadas.

—Mejor esto que tener una única cueva llena de pedruscos —me contó su madre con una carcajada—. Esos dos son felices juntos.

La cueva de mi abuela era pequeña, pero ordenada, y estaba decorada con alfombras peludas de color azul, móviles delicados colgados del techo, hechos de los cristales que había recogido una de sus hijas, y botellas de aceites esenciales, la especialidad de la familia. El olor de la habitación también era impecable.

En el centro, una lámpara solar circular iluminaba intensamente la estancia. Lo que más me sorprendió de su cueva era que estaba llena de plantas. Me recordaba a una de las cámaras respiratorias de *Pez Tercero*. Junto a la cama y cerca del alto techo colgaban unas macetas que rebosaban de hiedra frondosa. También había varias cestas trenzadas llenas de tierra con unas enmarañadas suculentas verde claro que parecían árboles y unas enredaderas bioluminiscentes que crecían directamente en las paredes de la cueva. Allí dentro mi abuela cultivaba cinco clases distintas de tomates, tres tipos de pimientos y una especie de planta frutal cuyo nombre desconocía.

—Soy botánica —me explicó mientras dejaba su bolsa—. Tu abuelo también lo era.

—¿Era?

Asintió con la cabeza.

—Era himba.

Y eso fue lo único que dijo, aunque estaba claro que había más. Quería preguntarle por qué mi abuelo dejó a su tribu y si siguió en contacto con ellos. Quería preguntarle cómo se sintió cuando mi padre decidió regresar con los himba. Quería preguntarle si mi padre había vivido allí cuando era niño. Quería preguntarle por qué le gustaban las plantas. Quería preguntarle por qué estaba sola si los demás vivían en compañía, incluso en cuevas pequeñas. Pero, en vez de interrogarla,

observé las florecientes plantas y respiré el rico aire que olía de forma muy distinta a las otras cuevas y al desierto exterior.

Me detuve ante una maceta, más grande que mi mano, que contenía una flor amarilla de la que salía de una raíz seca. Era como la que crecía en mi *edan* hacía años, cuando lo había encontrado.

—¿Qué es? —pregunté.

—La llamo *ola edo* —respondió—. Significa «difícil de encontrar, difícil de crecer». —Se rio—. Y no es demasiado bonita. Bueno, hora de descansar, Binti. Mañana es tu gran día.

Dormí bien, igual que en la cámara respiratoria de *Pez Tercero*.

LA ARIYA

La cueva de la Ariya se hallaba en el centro de un lago seco, a un kilómetro y medio del pueblo.

—Cuando tenía agua, algo vivía ahí —me contó Mwinyi—. Puede que hasta hiciera el agujero.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté, observando el suelo mientras andábamos. En algún punto, la suave caliza se había convertido en un terreno escarpado sobre el que resultaba difícil caminar. Tenía que concentrarme para no tropezar con alguna piedra que sobresaliera.

—Está en la Colectiva —dijo, mirándome de soslayo—. Es la memoria a la que todos los enyi zinariya podemos acceder. —Asentí con la cabeza—. Pero nadie sabe qué clase de criatura era exactamente —dijo, y se puso a mover las manos.

—¿Le acabas de decir que estamos llegando? —pregunté.

Me miró fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Cómo...?

—No soy tonta.

Mwinyi gruñó.

Solté una carcajada y señalé al frente.

—Además, me ha parecido ver algo por allá. Un agujero, creo.

Lamarlo agujero era quedarse corta. La abertura en el suelo duro tenía el tamaño de una casa. Al acercarnos me fijé en dos cosas. La primera fue el pájaro enorme que daba vueltas justo encima de la cueva. La segunda fueron los escalones de piedra tallados en las paredes del agujero que llegaban hasta el fondo.

Bajamos la escalera, Mwinyi delante. Acaricié la pared rugosa mientras recitaba delicadas ecuaciones en mi cabeza. Invoqué una corriente tenue y el roce suave entre la corriente y mi mano sobre la piedra me resultó agradable. Las paredes de las profundidades de la cueva estaban repletas de libros, muchos libros. El sol debía estar localizado justo encima, ya que la fuerte luz del mediodía inundaba toda la estancia. Pero también crecía hiedra bioluminiscente en los rincones más oscuros.

Ella estaba de pie entre las sombras, junto a una estantería de libros, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No has cambiado nada —dijo. Casi una década después, su corona de pelo espeso se había vuelto un poco más gris y su rostro, un poco más sabio. La habría reconocido en cualquier parte. ¿Las ancianas podían volverse más altas con los años?

—Hola, Mma —dije, alzando la mirada hacia ella. Usé una fórmula himba de respeto porque no sabía qué otra cosa decir.

—Binti —me saludó, y me abrazó con fuerza—. Bienvenida a mi casa.

—Gracias por invitarme.

A Mwinyi también le dio un abrazo.

—Gracias por traerla. ¿Qué tal ha ido el paseo?

—Como era de esperar.

—Vuelve a por ella al anochecer.

—Uf —solté, deprimida. Era por la mañana y no esperaba que aquello fuera a durar todo el día. Aunque debería haberlo previsto; revelarme ese tipo de cosas sin previo aviso parecía ser una costumbre de los enyi zinariya.

Mwinyi asintió, me guiñó un ojo y se marchó.

La Ariya se volvió hacia mí.

—¿Aún no sabes dejarte llevar? —preguntó—. Adáptate.

—Es que no pensaba que...

—Has visto a la Mascarada Nocturna. Eso no es algo trivial. ¿Qué esperabas? —Antes de que pudiera responder, añadió—: Ven y siéntate.

Eché otro vistazo a Mwinyi, que casi había llegado a la parte superior de las escaleras, y seguí a la anciana.

Nos adentramos en la cueva para sentarnos en una gran alfombra redonda de color azul. Allí hacía fresco y estaba oscuro; olía a incienso. Me recordaba a un Séptimo Templo, prácticamente vacío y tranquilo. Pero *ella* no me recordaba a una sacerdotisa de las Siete Deidades para nada. No era reservada, no se cubría la cabeza con un pañuelo naranja, no llevaba *otjize* e iba directa al grano.

—¿Por qué crees que has visto a la Mascarada Nocturna? —preguntó—. No eres un hombre.

—¿Es real?

—No respondas a una pregunta con otra pregunta. ¿Por qué crees que la has visto?

—No lo sé.

—¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro?

—Sí.

—¿Por qué estabas allí?

—Encontré aquel sitio, me gustó —expliqué—. Aunque no debía ir allí, lo sé.

—Y mira dónde te ha llevado aquello.

—¿A qué te refieres?

—Si no hubieras encontrado el *edan*, ¿te habrías planteado esas preguntas que te han hecho madurar? ¿Te habrías marchado? Y si lo hubieras hecho de todas formas, ¿estarías viva ahora?

Llegó de repente, de la misma forma como tantas otras veces durante esos meses. La furia. La sentí pincharme como una aguja en la espalda, mis *okuoko* se crisparon. Respiré hondo e intenté apaciguarla.

—Da igual —musité, con las fosas nasales dilatadas.

—¿Por qué?

Otra ola de furia me recorrió entera y, enfadada, rebusqué en mi bolsillo, dando las gracias por tener un motivo para moverme. Noté que los *okuoko* se retorcían como locos en mi cabeza; los ojos de la Ariya se desviaron hacia ellos y observó sus movimientos con calma. «Da igual», pensé al sacar el saquito. Me incliné hacia delante, respirando profundamente por la nariz, y dejé caer todo el contenido en su alfombra. El sonido de las piezas de metal al caer produjo eco y se oyó un

«clonc» cuando el centro dorado aterrizó en el suelo. Lo señalé con las manos para recalcar todo el asunto.

—¡Lo rompí! ¡Soy una armonizadora que desarmonizó un *edan*! —Mi voz resonó por todos los rincones de la cueva. Luego solo hubo silencio. Debería haber ramificado para calmarme. Estaba ante la Ariya, la sacerdotisa de los enyi zinariya; acababa de conocerla y me estaba comportando como una bárbara—. Lo sé —añadí—. Estoy impura. Por eso regresé a casa. Para purificarme con la peregrinación. Pero en vez de ir... vine aquí.

Mi voz se fue apagando hasta que me quedé observando cómo la Ariya miraba las piezas y la bola dorada. Pasaron lo que me parecieron minutos, tiempo suficiente para tranquilizarme. Mis *okuoko* se quedaron quietos. Relajé el resto del cuerpo. Y mi *edan* seguía roto. «Yo lo rompí», pensé.

—¿Impura? No —dijo al fin la Ariya, negando con la cabeza—. Hay una parte de ti que es medusa y debes aprender a mantenerla bajo control.

Con solo una frase explicó algo que llevaba un año preocupándome. Eso era. La furia caprichosa y las ganas de volverme violenta se debían a los genes de medusa que había ahora en mí. «¿No me pasa nada malo?», pensé. «¿No estoy impura? Solo es... ¿una parte nueva que debo aprender a controlar?». Había ido a realizar mi peregrinación porque creía que mi cuerpo intentaba decirme que había algo malo en mí. No quería admitirlo, pero creía que estaba rota por las decisiones que había tomado, por mis actos, por marcharme de casa para asistir a Oomza Uni. Por la culpa. El alivio que sentí fue tan abrumador que quise tumbarme en la alfombra y dormir.

La Ariya se levantó despacio con un crujido de rodillas y se quitó el polvo de su largo vestido azul.

—A veces lo obvio es demasiado obvio —musitó, alejándose. Y, por encima del hombro, añadió—: Quédate aquí.

La vi subir las escaleras y, cuando llegó arriba, desapareció.

Me tumbé de espaldas y suspiré.

—Solo es ADN de medusa —murmuré—. O lo que sea que tengan por código genético. Y ya está. —Me reí, apoyándome sobre los codos. Mi mirada se posó sobre el *edan* desmontado que seguía sobre la alfombra. Dejé de reír.

— oOo —

La Ariya estuvo fuera durante lo que pareció una hora. Me quedé dormida en la alfombra azul, arrullada por la fresca oscuridad y el incienso. El sonido de sus sandalias sobre escalera me despertó. Bajó el primer peldaño, se detuvo y descendió con rapidez. En cuanto pude distinguir la parte superior de su cuerpo, vi la criatura. ¿Qué veían mis ojos? Me levanté cuando llegó abajo. Fue casi un acto involuntario. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer cuando una mujer alta bajaba las escaleras con un gran búho posado en su brazo?

El búho, que mediría unos sesenta centímetros de alto, tenía unas plumas blancas y otras de color canela, el pico negro, la cara redonda y ceñuda con cejas espesas y los ojos grandes y amarillos. Sobre su cabeza despuntaban unas plumas marrones y negras que parecían cuernos. La única protección que llevaba la Ariya era un brazalete de cuero marrón. El búho podría arrancarle

los ojos, arañarla con sus grandes garras blancas, pegarle con sus enormes alas, si quisiera. Pero se dedicó a observarme con tal intensidad que me pregunté si debía volver a sentarme.

—Si espera fuera, entonces es que es lo correcto —dijo la Ariya—. Me estaba esperando fuera. Échame una mano.

La ayudé a sentarse despacio con el búho sobre su brazo. Yo me senté enfrente y observé la magnífica ave.

—¿Pesa? —pregunté.

—Los pájaros que se pasan gran parte de su vida en el cielo no pueden pesar —explicó—. No, este es ligero como... una pluma.

—Oh.

—Cuarenta y cinco años como sacerdotisa y nunca he hecho esto —dijo—. Ni una vez.

Sentí frío de repente. Mucho, mucho frío. Y consternación. En el fondo, lo sabía. Cuando mi abuela me había hablado de los zinariya, ya lo había sabido, la verdad. Siempre en constante cambio. Ese era mi destino. Crecer.

—¿Por qué? —pregunté de todas formas.

—Porque es la única forma de que lo arregles y tienes que arreglarlo, así que puedes usarla para hacer lo que te corresponde. —El búho no había apartado sus ojos de mí—. ¿Sabes lo que significa «zinariya»? —Negué con la cabeza—. Significa «oro». Así los llamábamos porque no podíamos pronunciar su nombre real con nuestras bocas, y porque de eso estaban hechos. De oro. Gente dorada. Sus cuerpos, sus naves, todo en ellos era dorado. Vinieron al desierto porque necesitaban descansar y les encantó el color de la arena... dorada. Tu *edan* es tecnología zinariya; lo supe cuando te conocí. Creí que, como te había permitido encontrarlo, podrías resolverlo sin... sin...

—Sin ser activada.

La Ariya asintió.

—Solo nuestra tribu sabe lo de la tecnología zinariya. Y aquellas personas que se marchan o se casan con alguien de fuera sienten tanta vergüenza de ser enyi zinariya que no se lo cuentan a sus familias.

—Como mi padre —dije—. En cierta forma es como tener una enfermedad genética. Si los himba o los khoush lo supieran...

La Ariya sonrió.

—Oh, lo saben, en esas tribus siempre hay alguien que sabe lo suficiente como para sembrar ideas tóxicas contra nosotros en su cultura. Por eso somos parias intocables para ellos. Para los himba y los khoush somos esa gente salvaje del desierto, no enyi zinariya. Nadie quiere nuestra sangre en su familia. Pero bueno, gracias a la Colectiva sabemos los nombres y las caras de todos tus hermanos y sus hijos.

—Ah —dije, sintiéndome un poco mejor—. Bueno, eso está bien.

—Pero nada más.

Nos observamos la una a la otra durante un momento.

—¿Quieres hacerlo? —me preguntó.

—¿Debo?

—Hmm. Aún te avergüenzas de lo que eres.

—No —respondí—. Soy himba y me siento orgullosa.

—Tu abuela no —dijo, alzando las cejas—. Es enyi zinariya. Y somos una tribu matriarcal, así que tu padre también lo es.

—No —estallé—. Papá es himba.

Notaba el aguijón de mi propia ceguera, me irritaba y desequilibraba de forma que no podía pensar. Mi confusión provocó un fogonazo de furia de medusa.

—¿Quieres hacerlo?

Abrí la boca para responder, pero callé, porque lo que iba a decir era una tontería. Me equivocaba. Pero, al mismo tiempo, también era la verdad. Si activaba esa tecnología, me alejaría un paso más de lo que significaba ser himba, de mí misma, de mi familia. Quería esconderme de la mirada imperturbable del búho.

—¿Quieres hacerlo? —repitió.

Suspiré con fuerza y sacudí la cabeza.

—Sacerdotisa Ariya, no entiendo nada. Si el *edan* es tecnología zinariya, ¿por qué el metal exterior mata a las medusas? Ahora soy medusa en parte, así que ¿por qué no me mata a mí? No entiendo lo que me está pasando, por qué mi *edan* se rompió, qué es esa bola, por qué es importante, ¿por qué estoy aquí! Vine para ir de peregrinación y ni siquiera lo he hecho. Estoy aquí. ¡No sé lo que hago ni dónde estoy! —La miré con los ojos abiertos de par en par, respirando con dificultad. No podía respirar. Ni pensar. Ni ramificar.

Veía a todos los khoush en el comedor de *Pez Tercero*. Muertos. Los pechos desgarrados por los agujijones de las medusas. *Moojh-ha ki-bira*, «la gran ola». La oleada de muertes en la que me había visto sumergida de una forma retorcida me dio una nueva vida. Lágrimas de furia agujijearon mis ojos. ¿Cómo podía Okwu haber formado parte de aquella matanza? ¿Por qué habían permitido las Siete que aquello ocurriera? Sin embargo, ahogarme en las aguas de la muerte me había dado una nueva vida en la que no me hundía, sino que me dejaba llevar.

—Respiración superficial, pulso acelerado. Estás sufriendo un ataque de pánico —anunció mi astrolabio desde el bolsillo, con su voz seca de mujer—. Te sugiero que entres en meditación matemática.

Quería hacerlo pedazos.

La sacerdotisa no hizo nada, solo mirarme. El búho hinchó la garganta y ululó tres veces, con suavidad y calma. Mis ojos se fueron abriendo mientras lo observaba; respiré hondo, llenándome los pulmones de nuevo, y el sonido me tranquilizó más. El búho profirió otro ululato, se inclinó y bajó el cuello, acercándolo a sus piernas emplumadas. No dejó de mirarme en ningún momento. El ataque de pánico no tardó en pasar.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó por cuarta vez la Ariya.

Desde las profundidades de mi ser, salió una voz familiar. Llevaba escuchándola desde que me marché de casa, pero solía ignorar su tono realista lleno de seguridad. «No vas a ser la heredera de tu padre. Ningún hombre se casará contigo. Niña egoísta. Niña fracasada». Se suponía que mi existencia se basaba en esas cosas. No había asumido mi lugar en la comunidad, y eso me había dejado sintiéndome desprotegida y huérfana, aunque siguiera mis sueños. Ahora estaba a punto de tomar otra decisión que me impediría regresar a mi hogar.

Cerré los ojos y pensé en Dele, el que había sido mi amigo, pero quien me había mirado como si fuera una paria la última vez que hablamos. Su manera de juzgarme y rechazarme dolió muchísimo; no estaba preparada y me hizo recordar que había sido mi decisión regresar a casa.

«Dele siempre ve las cosas de forma muy simple», pensé. «Incluso cuando son infinitamente complejas. No es un armonizador». Abrí los ojos para mirar a la Ariya.

—¿Qué me... hará? —jadeé.

—Te conectará a un pueblo y a una memoria. Y te permitirá aclarar lo de tu *edan*.

—Seré una persona del desierto —gemí. Pero entonces parpadeé, con ganas de darme una patada a mí misma—. Lo siento. Quería decir enyi zinariya. Los himba os ven como salvajes. Las medusas ya me han cambiado. Ahora nunca...

—¿Qué serás? —preguntó—. A lo mejor no te toca a ti decidirlo.

Me miré las manos; quería llevármelas a la cara e inhalar el aroma del *otjize* que las cubría. Quería irme a casa. Quería perseguir los cangrejos del lago hasta que el sol se pusiera y girarme luego hacia la Raíz para admirar el brillo de las plantas bioluminiscentes que crecían cerca del tejado. Quería discutir con mis hermanas en el salón. Quería ir a la plaza del pueblo con Dele, mi mejor amigo, a comprar aceitunas. Quería sentarme en la tienda y construir un astrolabio tan sofisticado que mi padre aplaudiría de alegría con sus manos sin artritis. Quería jugar con mi madre a resolver acertijos matemáticos; unas veces ganaría ella y otras, yo. Quería irme a casa.

Más lágrimas rodaron por mi rostro cuando me di cuenta de que me había dejado el tarro de *otjize* en la cueva de mi abuela, junto con mis otras cosas. Ensanché las aletas de la nariz y entrecerré los ojos para evitar que cayeran más lágrimas. Funcionó. Me tranquilicé. Mi mente se despejó. Quería irme a casa, pero ansiaba más resolver el *edan*. Todo conlleva un sacrificio. Me limpié la cara con la mano y vi que me había manchado la palma de *otjize*.

—Vale —susurré. Enderecé la espalda—. ¿Para qué es el búho? —pregunté con la voz crispada.

—No soy una armonizadora matemática, pero Mwinyi me contó lo que se siente al ramificar y sus efectos. —Hizo una pausa—. Te sugiero que lo hagas cuando empiece. Desde el principio. Hazlo mientras estés tranquila.

—Vale —dije—. Pero ¿para qué es el búho?

—No es un búho.

INICIATIVA

—Bebe —dijo la Ariya, ofreciéndome una taza de arcilla.

Tenía un sabor dulce y ahumado. Al tragar, el líquido impregnó mi garganta y me calentó el estómago. La mujer me quitó la taza y la depositó en el suelo junto a ella. Estábamos sentadas fuera en el sol abrasador, cerca de la abertura de la gruta subterránea. Allí podía notar cómo la brisa entraba y salía de cueva. El búho daba amplios círculos por encima de nosotras.

La Ariya me ofreció la larga pluma que el ave le había permitido arrancar de su ala. Al quitársela, el búho había aleteado, como si le doliera y quisiera quitarse el dolor. Cuando me la ofreció, noté que la punta estaba tan afilada como una aguja.

—No tiene nombre —me explicó la Ariya—. Pero es el único animal que queda vivo de cuando llegaron los zinariya. Vivía con el primer zinariya que nos dio su tecnología. No tenían un líder claro y estaban tan conectados que el único que podíamos distinguir era al que llevaba siempre consigo a esta criatura. Hoy tiene el aspecto de un búho cornudo, pero hay días... en los que no. El caso es que, cuando se marcharon, le dieron muchas cosas, y entre ellas había una tarea. —Observé la punta de la pluma. Su extremo mojado destelló bajo la luz del sol—. Pínchate el dedo. Con fuerza. Y luego no lo apartes. —Me mordí el labio. No quería hacerme daño ni a propósito ni por accidente—. Tienes que hacerlo tú. Es tu decisión. En la pluma hay unos catalizadores que deben entrar en tu torrente sanguíneo.

—Vale —susurré. Pero, antes de pincharme, dije—: $Z = Z^2 + C$.

La ecuación se dividió una y otra vez de esa forma tan compleja y enrevesada que tanto me gustaba. Más y más rápido, hasta que vi su espiral en mi mente y ante mí. No tardó en convertirse en una corriente azul claro que armonicé con una segunda corriente invocada a partir de la misma ecuación. Con la mente les pedí que me envolvieran para protegerme. Y, bajo el sol del desierto, mientras la sacerdotisa del Pueblo del Desierto, los enyi zinariya, me observaba, hundí la punta afilada de la pluma en mi pulgar izquierdo.

Según las historias de las Siete, la vida se originó a partir de la rica arcilla roja mojada por las lluvias. Los microorganismos se activaron cuando una de las Siete Deidades lo deseó y luego las demás se interesaron por lo que podría pasar. Esa arcilla era Madre, *otjize*. En ese momento, yo era arcilla. Me veía desde lejos, no sentía nada, pero tenía el control. Sujeté la pluma contra mi dedo. Pero, entonces, en ese espacio repleto de ecuaciones, con las corrientes entrelazándose a mi alrededor, mi cuerpo actuó por voluntad propia.

Cuando tenía cinco años, le pregunté a mi madre qué se sentía al dar a luz. Ella sonrió y me dijo que era como alejarse y dejar que tu cuerpo tome el control. El parto solo es una entre las miles de cosas que el cuerpo puede hacer sin el alma. Y recuerdo que le pregunté: «Si te alejas de tu cuerpo, entonces ¿quién da a luz?». Y eso mismo me preguntaba mientras mi cuerpo actuaba por

sí solo.

No podía verlo, pero sí que lo sentía desde lejos: mi cuerpo tiraba de algo, una energía del suelo. De la tierra, de las profundidades. Mi cuerpo estaba tocando a la Madre, despertándola, pidiéndole que viniera. «Las Siete son grandes», pensé. Aquello no era mi peregrinación, donde habría honrado a las Siete Deidades y habría accedido a un espacio dedicado solo a las personas que se ganaran el derecho a entrar. Seguramente nunca llegara a hacerlo. Lo que estaba viviendo era otra cosa distinta.

La Madre vino.

Estaba ramificando, pero la sentía plenamente. Me ardía todo el cuerpo. ¿Habría conservado la cordura si no hubiera estado ramificando? ¿Cómo sobrevivían los que no podían ramificar? El brillo de mi interior se intensificó y su luz me engulló y adquirió el color de las corrientes que aún manejaba. Durante un momento vislumbé a la Ariya y me encontré con sus sorprendidos ojos abiertos de par en par. Me acordé de mi profesora Okpala, en Oomza Uni, y del día en el que vi...

Unas luces blancas iridiscentes lo inundaron todo con una sustancia gelatinosa.

Y se hizo la oscuridad.

Y allí estaba de nuevo...

...Me hallaba en el espacio. Oscuridad infinita. Ingravidez. Volaba, caía, ascendía, atravesaba el quebradizo polvo metálico de un anillo planetario que me acribillaba la piel como trozos de hielo reluciente. Abrí un poco la boca para respirar y el polvo me azotó los labios. ¿Podía respirar? Un aliento lleno de vida brotó en mi pecho desde mi interior y sentí que los pulmones se expandían, llenándome. Me relajé.

—¿Quién eres? —preguntó en el dialecto de mi familia una voz que procedía de todas partes.

Me caí de la rama.

Mis *okuoko* se retorcían. Y... ¿llovía? ¿Me mojaba? Algo goteaba. Tosí al inhalar una sustancia que mis pulmones no podían tolerar. Estaba rodeada de un gas que desapareció enseguida. Respiré hondo y, esta vez sí, me llené los pulmones de aire.

Abrí los ojos de par en par. Al desierto. Y al humo. La Ariya estaba a unos metros de distancia, con la boca abierta por la conmoción, mientras daba palmadas a su ropa. Había humo a su alrededor. Estaba apagando un fuego. Su ropa se quemaba. «¿Ha sido por mis corrientes?», me pregunté con cara de espanto. «¿He perdido el control?». En mi vida había ocurrido nada parecido.

Estiré la mano para sujetarme. Como armonizadora, veía números y ecuaciones en todo; daban vueltas a mi alrededor como las motas que aparecen en los ojos si miras fijamente algo. Me había acostumbrado. Pero lo que estaba viendo ahora me resultaba extraño. Círculos de diversas proporciones, desde el tamaño de un guisante hasta el de un tomate grande, y de varios colores, todos dispuestos ante mí en orden. Palpitaban, se volvían transparentes y luego sólidos con cada respiración, con cada movimiento, con cada uno de mis pensamientos. Sin embargo, tenía que lidiar con algo más urgente.

—Okwu —dije, observando a la Ariya. El corazón me taladraba el pecho—. Mi medusa. ¿La han matado? Tengo que regresar. —Como la mujer no dijo nada, me levanté con las piernas temblorosas—. Debo irme —dije con lágrimas en los ojos.

Me di la vuelta para mirar el camino por el que Mwinyi me había traído. A lo lejos podía ver

un destello del poblado de cuevas. Di un paso atrás cuando vi que algo caía del cielo. Era naranja rojizo, como mi *otjize*, y ardía. Vino directamente hacia mí. No podía escapar.

Me enfrenté a esa cosa. «Que se estrelle y me haga arder hasta convertirme en cenizas», pensé. «Que lo haga». Observé cómo la bola de fuego se abalanzaba sobre mí. Me rendí ante la muerte, al igual que había hecho en la nave cuando las medusas mataron a todo el mundo. Noté que su calor me aplastaba; una ráfaga de viento ardiente pasó a mi lado con tanta fuerza que me tambaleé y me caí al suelo. El dolor me quitó la histeria de encima. Parpadeé para apartar las arenosas lágrimas de mis ojos, que se habían mezclado con el *otjize*, el sudor y la arena sobre mi piel.

La Ariya se acercó lentamente.

—Tranquilízate —dijo con dureza. Llevaba su cayado. «¿Cuándo lo ha cogido?». Ahora sí que se apoyaba en él—. Binti, tienes que tranquilizarte. —Su mirada se posó en el pueblo y luego en mí—. Acabas de iniciarte. *Yo* te he tirado esa bola de fuego para que te calmaras.

—¿Tú?

—Levanta las manos —dijo. Con un gesto me indicó cómo hacerlo—. Así. Míralas. Tu voluntad controla los mandos. Haz que aparezcan y desaparezcan.

Alcé las manos y volví a ver los círculos de colores, esta vez justo delante de mi cara y tan sólidos como caramelos de miel. Despacio, estiré la mano para tocar uno; esperaba que lo atravesara sin más. Pero le di un golpecito y oí el «tic, tic» de mi uña contra un material duro y fino. Lo presioné y las palabras: «Así. Míralas. Tu voluntad controla los mandos. Haz que aparezcan y desaparezcan» se desplegaron a treinta centímetros de mi rostro en temblorosas letras *otjihimba* de un naranja rojizo, como el *otjize*.

Toqué las palabras, que se desvanecieron como humo de incienso, y pude oír a la Ariya diciéndolas de nuevo.

—¿Qué...?

—Es *zinariya* —respondió—. Ahora eres como nosotros.

Me llevé las manos a las sienes, como si pudiera detener algo que no se podía parar. Me sentía igual de extraña como cuando vi por primera vez mis *okuoko*. Era... era hermoso. El dolor y la gloria del crecimiento me tensaron y me hicieron temblar. Al mirar a mi alrededor, veía círculos por la presión, por esforzarme en pensar. Entonces aparecieron unas palabras: «¿Binti? ¿Por qué...? ¿Eres tú? ¿Por qué estás...? ¿Te han...? Oh, no, no, no, ¿qué has hecho?».

Me quedé allí sentada, con un sollozo atragantado. Incluso en ese momento de extrañeza, la clara consternación que destilaba de sus palabras hizo que el corazón me diera un vuelco. Me arrepentí con todo mi ser y deseé que no me hubieran activado la *zinariya*. Lo que fuera para no decepcionar así a mi padre, después de todo lo que le había hecho a él, a todo el mundo, a mí misma. Me esforcé e intenté concentrarme.

—¡Papá! —grité—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—No te oye —dijo la Ariya—. Tienes que darle a *enviar*.

«Astrolabio», pensé con frenesí. «Como en un astrolabio, pero más primitivo». No podía verlo, pero podía *enviarle* mensajes. Lo hice de forma intuitiva: imaginé que usaba el modo holográfico de mi astrolabio, en el que proyectaba una página en blanco donde tecleabas y podías desplazarte por el texto. Mientras lo hacía, era vagamente consciente de que hacía los mismos movimientos por los que eran conocidos los *enyi zinariya*, como una loca. Y, en aquel momento, eso es lo que era.

«Papá», envié. «¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Okwu? ¿Dónde estás? Yo en el desierto».

Su respuesta llegó inmediatamente. «¿Por qué lo has permitido? Con lo bonita que eras antes...». Sus palabras me golpearon como una bofetada; la sensación me recorrió el cuerpo y, durante un momento, me olvidé de todo. Me masajeeé la frente y pasé un dedo por mis *okuoko*. «Míos», pensé. «Son míos». Alcé las manos y escribí: «Papá, estoy bien. Por favor, dime lo que está pasando».

Hubo un largo silencio antes de que sus palabras me llegaran. Y, cuando lo hicieron, me senté en el suelo y se movieron conmigo. «Vinieron los khoush y hubo una pelea con Okwu. Se llevó a muchos por delante, pero puede que la hayan matado. Las medusas están de camino. Nosotros no podemos salir. Los khoush le han prendido fuego a la Raíz. No podemos salir. Pero las paredes nos protegerán. La Raíz es la raíz. Estaremos bien. Quédate donde estás».

«¡Papá!», envié, una y otra vez, pero no me respondió. Mis palabras no se disolvían. ¡No querían enviarse! Temblé de rabia, agarré un puñado de tierra y la lancé hacia delante, gritando y con lágrimas en los ojos. Estuve observando el desierto durante un rato largo. Miré y miré. Arena y cielo, cielo y arena. Intenté hablar con Okwu. Y, de nuevo, nada.

Me puse a meditar, los números fluían como agua, los controles perdieron intensidad pero no desaparecieron, los *okuoko* de mi cabeza se retorcieron. Me levanté.

—Me voy a casa —le dije a la Ariya, que asintió sin más, porque su atención estaba fija en una figura que se acercaba por el desierto. Era Mwinyi, acompañado de un camello.

—Ve con él —me dijo la mujer.

—¿Los enyi zinariya no vienen con nosotros? —pregunté.

Me observó un momento antes de responder.

—Iremos si hay algo por lo que pelear.

No le pregunté a qué se refería. En el cielo, el búho seguía dando vueltas.

— oOo —

Cuando Mwinyi y yo subimos al camello y nos pusimos en marcha, el búho nos siguió desde arriba durante varios kilómetros. Luego se dio la vuelta. Supuse que regresaría con la Ariya. Ya había cumplido con su trabajo. Yo era himba, una maestra armonizadora. Y, además, era medusa y la furia vibraba en mis *okuoko*. Y ahora también era enyi zinariya, del Pueblo del Desierto, dotada con tecnología extraterrestre. Era mundos enteros. ¿Qué era el hogar? ¿Dónde estaba mi hogar? ¿Estaba ardiendo? Sopesé estas cuestiones mientras Mwinyi y yo avanzábamos sobre el camello, pero no durante mucho tiempo. Mwinyi había traído mi bolsa. Metí la mano hasta que mis dedos encontraron el saquito con los trozos de metal de mi *edan* roto y los toqué. Agarré la bola dorada con los grabados. Estaba caliente.

La Ariya había dicho que no había nada por lo que pelear. «Ya veremos», pensé, sujetándome al áspero pelaje del camello. «Ya veremos».



NNEDI OKORAFOR
(1974, EEUU)

Nnedi Okorafor nació en Cincinnati, Ohio, el 8 de abril de 1974. Escritora de fantasía, ciencia ficción y ficción especulativa, ha publicado obras tanto para lectores adultos como para jóvenes. Es de ascendencia igbo de Nigeria y sus raíces africanas quedan constantemente reflejadas en sus libros.

Ha recibido numerosos premios literarios, destacando el *World Fantasy Award* por mejor novela para *Who Fears Death* y los premios *Hugo*, *NOMMO* y *Nébula* por la novela corta *Binti*. Quedó cuatro veces finalista del premio *Tiptree Jr.* por varias de sus obras, demostrando así la importancia del género en los personajes que crea.

Para más información sobre Nnedi Okorafor, consulta la [web de Crononauta](#) y la página de la autora en www.nnedi.com.



Crononauta es una editorial alternativa y sin ánimo de lucro, cuyo propósito es reivindicar una tradición marginal en nuestro mercado: literatura de género con perspectiva de género. Es decir: enfoques alternativos para abordar la ciencia ficción, la fantasía y el terror, que hagan hincapié en las cuestiones de diversidad y feminismo.

Web: www.crononauta.es

Twitter: [@cronoCiFi](https://twitter.com/cronoCiFi)

'Binti: Hogar nos enseña que viajar por la galaxia resulta relativamente fácil comparado con entendernos a nosotras mismas y a las demás. Y eso es un trabajo crucial y necesario.'

Amal El-Mohtar

'Una página de Nnedi Okorafor contiene más imaginación que todo un libro de fantasía épica normalita.'

Ursula K. Le Guin

Tras su primer año en el planeta Oomza Uni, Binti decide, junto a la medusa Okwu, viajar de vuelta a la Tierra, a su antiguo hogar con los himba.

Para Binti, volver significa enfrentarse a su familia, a sus amigos y a su propia comunidad. Aunque se haya convertido en una heroína interplanetaria, los himba no pueden perdonarle la traición de abandonar a su pueblo y renunciar a sus tradiciones. Okwu, por su parte, es la primera medusa en la Tierra desde hace más de un siglo, tras una paz entre su especie y los khoush tan reciente como frágil.


En esta segunda entrega de la trilogía escrita por Nnedi Okorafor, Binti ahondará más en su nueva naturaleza y sus orígenes, y deberá crecer para buscar su lugar en la galaxia.

ARTE Y DISEÑO DE LA CUBIERTA POR © JOEY HI-FI

ISBN 978-84-947958-5-5



9 788494 795855

 **Crononauta** | www.crononauta.es

ÍNDICE

Portada [\(IR\)](#)

Sinopsis [\(IR\)](#)

Créditos [\(IR\)](#)

▼ **BINTI: HOGAR** [\(IR\)](#)

Inicio [\(IR\)](#)

Humanos, siempre actuando [\(IR\)](#)

Despegue [\(IR\)](#)

En casa [\(IR\)](#)

La Raíz [\(IR\)](#)

La Mascarada Nocturna [\(IR\)](#)

Sangre [\(IR\)](#)

Desierto [\(IR\)](#)

El destino es una danza delicada [\(IR\)](#)

Mentiras [\(IR\)](#)

El Pueblo de Oro [\(IR\)](#)

La Ariya [\(IR\)](#)

Iniciativa [\(IR\)](#)

Sobre la autora [\(IR\)](#)

Sobre la editorial [\(IR\)](#)

Contraportada [\(IR\)](#)

NOMINADA A LOS PREMIOS HUGO, LOCUS Y NOMMO



HOGAR

NNEEDI OKORAFOR

Crononauta

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH